

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

LA MUJER.

ESTUDIOS MORALES,

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

SEGUNDA SERIE.

ARTÍCULO VII.

La mano de Dios.—El trabajo.—Para lo que sirven las habilidades.—El ramo de violetas y la paloma.

I.

Cinco años despues de la boda de Paulina y en un callejoncillo sin salida, situado en uno de los barrios mas solitarios de la corte, se veía una casa húmeda, triste, é iluminada solamente por dos ventanitas muy bajas y angostas.

Conocíase, sin embargo, que aquella casa estaba habitada por una mujer y por una mujer jóven, por cierto no sé qué de pudoroso y encantador que sobresalía en medio de su fealdad: cubrían los emplomados, pero limpios vidrios de ambas ventanas, unas cortinillas de blanca muselina, cuyos pliegues estaban graciosamente recogidos con lazos de cinta de color de rosa: en cada antepecho se veía una maceta de barro fresco y encarnado, ostentando la una un verde y pomposo sándalo y la otra una zarzosa.

¡El sándalo! Yo no sé qué perfume tiene para las almas buenas esta humilde y aromada yerbecilla! Ella crece con preferencia en las casas de los pobres y en las aldeas de mi país apenas hay una ventanita que no esté engalanada, plantada en un cajon de madera ó en un tiesto de barro.

Las novias entretejen en sus negras trenzas ramitas de sándalo al ir á recibir la bendición nupcial.

Las muchachas ponen en su seno una hoja de sándalo para averiguar si sus amantes les son fieles en la ausencia: esta hoja debe estar cojida al salir la luna entre los olivares; y si al esconderse detrás del primer árbol la hoja se ha marchitado, las pobres jóvenes tienen por cierta la infidelidad de sus novios.

ABRIL.

De hojas desándalo cubren las madres los ataúdes de sus hijos cuando la muerte les arranca de su seno antes de cumplir el primer año de su vida: y cada hacendado rico del país planta una mata de sándalo el día que nace su primogénito: otra de albahaca cuando nace el segundo hijo; otra de torongil al venir al mundo el tercero, y otra de mejorana cuando vé la luz el cuarto: si llegan sus hijos al número cinco vuelve á empezar por el sándalo.

Por eso quizá cuando se pregunta á los muchos campesinos que edad tienen, contestan sencillamente, si cuenta diez años.

—Ya he visto mudarse diez veces las hojas de mi sándalo.

El noble y poético pueblo aragonés ha destinado el sándalo para sus primogénitos y esta planta significa, para él, el amparo de una casa y las esperanzas de una familia: si muere el primogénito, se arranca la planta, se cubre con las hojas el ataúd y se entierran las raíces en la misma sepultura de aquel, cuya vida simbolizaba.

II.

Solo dos casas habia en aquella solitaria callejuela jamás iluminada por el sol, jamás frecuentada por persona alguna.

Era tan estrecha, tan aislada, tan insignificante, que ni tenia aceras ni pasaba nunca por sus inmediaciones el carro de la limpieza pública: de día apenas tenia luz, y por la noche estaba completamente á oscuras, pues el ayuntamiento no habia creído necesario destinarla ni un solo farol.

Únicamente la luna, esa deidad consoladora que lo mismo alumbra el dorado palacio que la miserable cabaña, únicamente la luna la enviaba alguna vez un ténue rayo, que, pasando por entre los casi unidos tejados iba á quebrarse en los emplomados vidrios de las dos miserables ventanas.

Siempre que aquella blanca y consoladora luz llegaba á ellas penetraba tambien hasta el interior de la pobre vivienda, como si supiera que su cándido fulgor era un alivio para alguno de sus míseros habitantes.

Eralo en efecto, para una muger que iba siempre á colocar su frente cerca de la abierta ventana para que la iluminase la silenciosa luna.

Aquella muger habia ya pasado la juventud y entraba en el estío de la vida.

En su frente, blanca como la luz que iba á acariciarla, cándida como la de una niña, elevada como la quiere el talento y las grandes pasiones la necesitan, en su frente, digo, leíanse ya treinta abriles, escritos en ella con tristes é imborrables caracteres.

Sus grandes ojos parecían de un azul mas puro é intenso que nunca: su semblante, blanco como el lirio de los valles y dulcemente oval, conservaba toda la ternura de su cutis de nácar; pero en los ángulos de su boca se descubria un tristísimo pliegue, reliquia aciaga de amargos dias de sufrimientos.

Era Clemencia, Clemencia que vivia cinco años hacía entre su padre idiota y su madre ciega. Clemencia que vestida con su hábito negro de la soledad, pasaba su vida entre los dos seres que se la habian dado.

Cuatro meses despues del casamiento de Paulina, despertó una mañana la señora de C... pidiendo que abriesen las ventanas, pues estaba á oscuras: los criados la contestaron que estaba lleno de sol su aposento y ella empezó á impacientarse llamando á voces á Clemencia.

Pero esta que se hallaba presente y que lloraba silenciosamente, se abrazó á su madre sollozando y la pidió que tuviese resignacion para la dura prueba que el cielo la enviaba.

—¡Conque estoy ciega!.. gritó la anciana retorciéndose las manos con desesperacion.

Clemencia no contestó: hacía ya mucho tiempo que veia llegar aquella desgracia, que veia invadir los ojos de su madre por ese terrible mal, llamado *gota serena* y habia pasado largos dias y eternas noches entregada al llanto y al dolor.

Desde la hora fatal en que la infeliz anciana se cercioró de su desventura, la mas espantosa desesperacion se apoderó de ella: pasaba horas sin cuento sollozando y cuando sus lágrimas y su aliento se agotaban, un quejido lúgubre y ronco, que sin cesar se escapaba de su pecho, sustituia al llanto con redoblado horror.

La vista de aquella desgracia y los continuos gritos de su esposa, acabaron de postrar el ánimo del Sr. de C...; cayó este en el mas completo silencio y en la inmovilidad mas absoluta: al parecer, todos sus sentidos se habian enervado. En vano su hija inventó mil modos de conmovérle; en vano echó mano de todos los recursos que en otro tiempo le hacian sentir: todas sus facultades se habian paralizado; miraba sin ver: no oia y ni habia, sonrisa en sus labios ni llanto en sus ojos.

Entretanto, aquella pobre familia se vió despedida de la casa que ocupaba. Clemencia no quiso aflijir á su madre con esta triste nueva y tuvo el amargo consuelo de bendecir la pérdida de su vista y el idiotismo de su padre. Vendió secretamente los mejores muebles de su casa para pagar al casero: buscó la casita mas pobre que pudo encontrar é hizo trasladar á ella lo que les era absolutamente indispensable.

Luego dijo á su madre que por querer el dueño para sí la habitacion que ocupaban, tenían que mudarse y la rogó que se dejase trasladar en un coche.

Nada opuso la anciana á las razones de su hija; dejóse manejar con la inmovilidad de la desesperacion y el mismo carruaje condujo á su nueva morada á entrambos esposos.

Clemencia iba sentada entre los dos: vestida con su negro trage de lana, cubierta la cabeza con una mantilla muy tupida y llorando silenciosamente, se asemejaba á la virgen de los Dolores acompañando á su hijo en el camino del Calvario, solamente que aquella pobre criatura acompañaba á sus padres y no habia conocido ninguno de los gozes de la maternidad.

No bien se instalaron en la nueva casa sacó Clemencia de un gran cofre antiguo, que se habia reservado, las obras de bordado y de dibujo, que habian divertido sus largas horas de soledad: las entregó á una persona de su confianza para que las vendieran; empleó su importe en procurarse provisiones para algun tiempo y se preparó á trabajar para atender á la subsistencia de sus padres que dependia casi enteramente de ella.

Los míseros ancianos no echaron de ver el cambio verificado en su posicion: sus desgracias les evitó este dolor, pues la ceguera de la una y el idiotismo del otro hallaban iguales todas las viviendas.

Pero la señora de C... no encontraba tranquilidad durante el dia ni sueño en la noche: constantemente agitaba sus manos, se revolvía en el sillón ó en el hecho y murmuraba con ronco y apagado acento.

—¡La mano de Dios!.. ¡La mano de Dios!

III.

La vida de Clemencia era en extremo triste é igual: las necesidades de sus padres eran tantas, en su fatal estado, que apenas bastaba á cubrir una parte muy pequeña de ellas; por cuya razon se entregaba á un trabajo asiduo y constante para proporcionarles alguna mayor comodidad.

Una criada anciana que habia servido muchos años en casa de los Sres. de C... siguió formando parte de la familia; pero Clemencia se reservaba casi esclusivamente el cuidado de sus padres, no queriendo fiarlo á una persona estraña.

He dicho que en el solitario callejón que habitaba Clemencia no habia mas que su casa y otra: esta última, situada enfrente estaba habitada por un anciano sacerdote, cuya única familia y sola compañía era una hermana suya que contaba poca menos edad que él.

El alma dolorida de Clemencia se hallaba tranquila en aquel silencioso asilo: para aquella muger, nacida para amar, cuya vida se habia deslizado en medio del abandono y del sufrimiento; para aquella muger que á la imperiosa voz del deber habia ahogado dentro de su seno su primero y último amor, existia un encanto indefinible en todo

lo que fuese triste como su corazón, oscuro como su porvenir, tranquilo como su alma.

Levantábase no bien la primera claridad del día: tenía de una débil luz los cristales de su ventana: vestía á sus padres; les sentaba á cada uno en un ancho sillón de baqueta; les daba el almuerzo por su mano, y luego se sentaba á bordar junto á aquellas vidrieras, á través de las cuales apenas se distinguía un pedazo de cielo que se asemejaba á una estrecha cinta azul: allí se abismaba en sus meditaciones, en las dulces memorias de su amor perdido y mas de una vez gruesas lágrimas caían mezclándose entre las flores de su bordado.

La imájen del conde no se apartaba de su memoria y ella le había hecho un templo de su corazón: en las grandes pasiones se hallan casi siempre fenómenos extraños y Clemencia era feliz en lo posible, guardando en el santuario de su alma aquellos breves y dulces recuerdos de los únicos días hermosos de su triste vida.

Muchas veces el duro acento de su madre la sacaba de sus cavilaciones: la desesperación había agriado de una manera increíble el carácter de la Sra. de C... áspero de suyo, sobre todo para Clemencia: continuamente la estaba reconviniendo: sin cesar se lamentaba de su suerte y apenas había instante en el día en que no nombrase á su querida hija, á su Paulina, cuya sola compañía podía darle tanta felicidad.

Pero esta hija tan amada parecía haberse olvidado completamente de sus padres: durante el primer año de su matrimonio escribía alguna vez: en el segundo apenas lo hizo en tres distintas ocasiones muy lejanas y despues no volvieron á recibir carta suya.

Clemencia sufría con una resignación de ángel, con una abnegación heroica los ultrajes y las imprecaciones de su madre: consolábala dulcemente, cuando se quejaba del abandono de Paulina, y no escaseaba ni los cuidados ni las caricias para tranquilizarla.

El pobre idiota conservaba también su frágil existencia merced á los desvelos de su hija: solo en presencia de esta se iluminaba su mirada con una chispa fugaz de inteligencia.

Dios bendecía el trabajo de aquella santa criatura: parecían triplicarse sus fuerzas y cada día brotaban nuevos primores de sus rosados dedos: pero ¡ay! Clemencia no contaba con otra felicidad que con la que proporciona la tranquilidad del alma, pues cuanto ganaba bastaba apenas para cubrir las mas precisas necesidades de sus padres.

IV.

Lo que había aprendido Clemencia para recrear su solitaria adolescencia formaba toda su distracción en la amarga vida que arrastraba hacia cerca de cinco años.

Cuando despues de seis ó siete horas de trabajo se sentaba delante de su piano, que no había querido vender, y cantaba alguna dulce balada, ó tocaba una de sus sonatas favoritas, olvidaba todas sus

penas y su alma se remontaba á mas serenas regiones.

Tampoco había abandonado la pintura, ni el estudio de los idiomas que había aprendido: cuando se sabe hacer del tiempo una distribución acertada, suple para todo y pueden llenarse nuestras obligaciones bien y exactamente sin que por eso tengamos que renunciar á toda distracción.

Clemencia era toda sensibilidad, toda rectitud y sabía que el deber no es un verdugo; que Dios nos ha concedido horas de trabajo y de descanso y que debemos oponer fortaleza á las desgracias de la vida.

Aquella mujer había llegado á los treinta años de su vida con la tranquilidad, con la inocencia de la verdadera virtud; pero con el espiritualismo y la pasión inherentes á esta edad, una de las mas bellas de las mujeres que han nacido con una organización privilegiada: y digo de las mas bellas, porque al llegar á ella, la mujer reúne, al desarrollo completo de su imaginación, la cantidad de dolores y de desengaños que le son suficientes para conocer el mundo y para distinguir lo verdadero de lo falso; porque á esta edad, sabe serlo todo, amante fiel, buena esposa, excelente hija y amorosa madre: sabe dar á la sociedad lo que se merece y separa perfectamente sus afecciones unas de otras haciéndolas todas exclusivas y perfectas.

Los treinta años es el descanso que hay para la mujer entre las ilusiones de la juventud y las decepciones de la edad madura: porque es el punto donde se mezclan la risa y el llanto: donde la coquetería se ostenta en todo su esplendor, donde el sentimiento llega á su apogeo.

Los treinta años de Clemencia tenían mucho de encantador: esta los vió llegar con alegría porque solo deseaba que su corazón cesase de latir y que la calma de los años sucediese á las tempestades de su juventud tan valerosamente sobrellevadas.

V.

Algunas veces, al ir á recoger en su frente el tenue rayo de luna que iluminaba su ventana, y ver reproducida su efigie en las angostas vidrieras, una sensación penosa agitaba su corazón viéndose tan graciosa y tan llena de encantos; con admiración suya sus ojos no se apagaban y su cabellera conservaba toda su riqueza y su hermosura.

Una mañana, al ir á abrir los cristales, retrocedió asombrada: en el antepecho de la ventana había un ramo de violetas, atado con una cinta verde; y junto al ramo, aleteaba una paloma blanca encerrada en una jaula.

Clemencia tomó las flores para aspirar su perfume; mas no bien las hubo tocado cayó en su falda un billete que decía así:

"Ya he vuelto, Clemencia, y el amor que alimentaba por vos arde aún en mi corazón: decidme si quereis ser mia y dejad esta noche vuestra carta en el antepecho de la ventana.

"Adios, Clemencia; y que esas flores, emblema

de vuestras gracias; y esa paloma, símbolo de vuestra pureza, os recuerden todo mi amor.

"EL CONDE DE S...."

Clemencia dejó escapar un débil grito al acabar de leer, y cayó sin sentido en el suelo.

MARÍA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

FIN DEL ARTÍCULO SÉTIMO.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Pereza Diligencia.

SESTA Y ÚLTIMA PARTE.

I.

EL ESPOLIO.

"J'ai vu de race en race
"Diminuer les biens, dont je suis
l'héritier:
"C'est la Lune qui passe à son
dernier quartier."

W. S.

El vasto y atrevido plan de la Bonmarché tocaba á su término.

Resguardada por los amplios poderes que le había otorgado su señora, iba de día en día aumentando rápidamente su colosal fortuna, y reduciéndola á billetes de banco suficientes ya para hacer la felicidad de muchas familias honradas.

Las existencias todas del ingenio, habían sido misteriosamente enagenadas á diferentes plazos, y la pobre Silvina cada día mas perezosa, mas entorpecida, no sentía desmoronarse bajo sus pies el gigantesco edificio de su fabuloso capital.

Casi imposibilitada por su obesidad, adormecida con los aromas y los narcóticos que sutilmente le prodigaban á porfía Lion y Magdalena, la niña estaba ya en un estado muy cercano al idiotismo, y solo de vez en cuando experimentaba algunas reminiscencias de lucidez, en las que, sin embargo, no se le había ocurrido una vez siquiera pensar en el estado de sus negocios.

Solo faltaba ya el último paso, el mas atrevido sin duda, y cuya resolución costaba muchas vigili-
as á Magdalena, por mas que estuviese ya muy familiarizada con aquel pensamiento.

Idear el plan, combinarle con habilidad suficiente para no despertar sospechas en Ascanio, todo eso le había parecido si no fácil, al menos accesible; pero al ir á realizarle Magdalena temía sin sa-

ber á quien, empezaba á temblar y soñaba con una mano invisible y descarnada que le arrebatara su envidiable tesoro acumulado á precio de traiciones y asesinatos, y llevado á cabo con la mas negra de las ingratitudes.

Después de muchos temores, de muchos cálculos, de muchas noches pasadas entre horribles pesadillas, Magdalena creyó haber hallado la solución del problema, y se decidió por fin á ponerle en ejecución, planteándole á su manera.

No atreviéndose á confiar á nadie su peligroso secreto, envió á Salvandy en busca de uno de los plantadores mas ambiciosos de la comarca, el Sr. de Landí, al que citó para una conferencia que debía dar por resultado lo que se llama en lenguaje comercial "todo un buen negocio."

Al oír hablar de utilidades casi seguras, Landí se levantó al momento de su opípara mesa, renunciando de buen grado á los delicados postres que la cubrían, guardó en el bolsillo de su chaleco el mondadientes de oro, y tomando su bambú subió en la volanta con Salvandy, dando orden á sus dos mejores esclavos para que le acompañasen á caballo á una respetuosa distancia.

Cuando llegaron á Chateau-fort era ya de noche.

Landí fué introducido en la habitación de Magdalena iluminada por la dulce y tranquila claridad de la lámpara.

La francesa se hallaba á la sazón ocupada en examinar un gran legajo de papeles, pero á la llegada de Landí, le saludó graciosamente con un movimiento de cabeza, indicándole que tomase asiento del otro lado del pupitre.

Apenas Landí se acomodó en la butaca, Salvandy se retiró cortésmente cerrando la puerta tras sí.

Magdalena guardó silencio durante algunos instantes ideando el mejor modo de presentar la cuestión, pero creyó al fin que lo mejor era gastar poco tiempo en valde, y se decidió por una sorpresa, que hubiera chocado mucho á otro cualquiera que no fuese Landí.

Sin haber cambiado siquiera media docena de palabras con el plantador, le presentó una escritura de venta, en la que estaba tasada la Residencia de Chateau-fort, con sus esclavos y dependencias en cuatro millones de reales.

Landí dió un salto en su butaca; aunque la cita era misteriosa, no había podido presumir que se tratase de un negocio de tanto bulto. Sin hacerle la menor observación, y antes que Landí hubiese podido reparar en que faltaba la firma de la verdadera propietaria, Magdalena le presentó el poder que la autorizaba para firmar á nombre de Silvina de Chateau-fort todas las escrituras de compra y venta.

Landí dejó entonces sobre la mesa ambos documentos, y apoyando en ella los codos, empezó por dirigir á Magdalena unos cuantos piropos en ese estilo soso y superficial tan comun en nuestras Antillas.

Magdalena comprendió que Landí aceptaba el envite, y contestó sonriendo:

—Al grano, al grano: ¿qué os parece del negocio?

—Eh! que no es un grano de anís, señora mia... pero en verdad que soy de vuestra opinion; al grano, al grano.... la mayor de las necedades es gastar la pólvora en salvas.

—Hablad el primero; dijo Magdalena, que astuta como el zorro queria cogerle como vulgarmente se dice por la palabra.

—Cuatro millones de reales! murmuró Landí como si hallase muy exajerada la tasacion.

—Eh! y os parece muy alto el precio? le preguntó Magdalena con ironía.

—Qué quereis, señora! cuatro millones!

—En ese caso, dijo Magdalena levantándose; doblemos la hoja, señor de Landí, creí que hablaba con un plantador pundonoroso, y veo que solo sois un traficante avaro... cuatro millones de reales! añadió con altivez, ¿y creéis vos que si no fuese por la premura que exige este asunto, se os daría en esa cantidad?

—Es decir, señora, que esos cuatro millones son....

—Pagaderos al tercero dia, porque graves motivos obligan á la señorita Silvina á dejar la isla, porque.... ¿pero qué os importa á vos ya todo esto? Caballero Landí, idos en paz, he contado con vos el primero, porque os creia uno de los mejores amigos de la casa.

—Eh! qué diablo! dijo el plantador sin levantarse de su asiento; yo no he dicho que renunciaba....

—¿Entonces qué es lo que decís? ó yo soy miope ó no aceptais.

—Calma, amiga mia, calma; ya sabeis que soy poco afuente, pero no precipito los negocios: sentaos y hablaremos.

Magdalena se sentó de nuevo.

—¿Y habreis de ser tan tirana que no cedais un ápice de.... le preguntó Landí con una sonrisilla sordida y ruin.

—Os repito que está puesta la finca en la mitad de su valor....

—Bah! si no supiese que sois francesa os hubiera creido siempre andaluza. Vamos, no hablemos mas: el contrato quedará firmado esta misma noche, y al octavo dia tendreis en vuestro poder tres millones en billetes de banco.

—Sobre Lóndres? preguntó Magdalena esforzándose en contener su alegría.

—Sobre Lóndres, repitió Landí.

—Sea; dijo Magdalena tendiendo su mano al plantador que la estrechó con efusion.

—Ahora un notario, dijo á su vez Landí temiendo que se le escapase la presa.

—Un notario! exclamó Magdalena con cierto recelo; ¿y para qué? ¿no teneis aquí mis poderes en toda forma?

—Sí, sí, amiga mia; ¿pero qué quereis? cuanto mas amigos mas claros.... Vuestro notario, el mismo que ha estendido el poder.... es todo un hombre de probidad.... creo no debais oponeros á mi justa exigencia.

Magdalena comprendió que nada arriesgaba, y

envió al momento en busca del notario que acudió al instante.

Landí le presentó el poder que autorizaba á Magdalena para hacer la venta.

El notario le aseguró que era un poder en toda regla.

—En ese caso, dijo Landí, procedamos á firmar la escritura.

La venta se verificó en el momento, estipulando que al octavo dia Landí entregaria á Magdalena de Bonmarché tres millones de reales en billetes de banco sobre Lóndres, recogiendo en cambio la escritura de venta y el poder que la autorizaba.

—Ahora, murmuró Magdalena en voz baja y con cierto misterio, os recomiendo el secreto, no por mí, si se tratase de mí no lo exigiria; pero se trata de la señorita que se moriria de pesar si se supiese cual era su verdadera posicion.

—Oh! lo que es por mí nada temais; soy callado como un sepulero cuando se trata de negocios.

—Lo sé, caballero Landí, lo sé; y en cuanto á mi notario, estoy altamente satisfecha de su prudencia; pero ¿qué quereis? el cariño entrañable que profeso á la Niña, me obliga á tomar toda clase de precauciones.... ah! caballero Landí, otro nuevo favor que no me negareis.... estoy muy segura de ello.

—Hablad, señora mia, soy todo vuestro.

—Es preciso que no presenteis vuestros poderes hasta que hayamos dejado la isla.

Landí frunció las cejas y miró fijamente á Magdalena.

—No creais que será muy largo el plazo, no por cierto, ¿no habeis estipulado que hareis la entrega de los billetes al octavo dia?

—Precisamente al octavo dia por la mañana, y sabeis que soy exacto como un cronómetro inglés.

—Pues bien, al noveno dia por la tarde dejaremos la isla, y al décimo por la mañana podeis venir á tomar posesion de la Residencia.... pobre niña mia de mi corazon! pero Dios sabe que no ha sido mia la culpa, no, reveses....

—Eh! qué reveses ni qué niño envuelto! dijo Landí con la mayor sangre fria; diga V. la rueda de la fortuna, señora. Así es el mundo. Chateau-fort comenzó muy niño su carrera en la cocina de un figon, y era hace algunos años uno de los plantadores mas acaudalados de la comarca. Hoy su capital pasa á manos de un servidor vuestro, horterá un dia de *La Flor del Incayo* (1); y Palmerolles que fué la palanca que sostuvo, por decirlo así, todo el edificio, se ve hoy postrado en el lecho del dolor aguardando con ansia el pedazo de pan que gana su pobre niña á costa de mil humillaciones, y desasnanando cabezas como la de mis hijas, que no son por cierto de las que inventaron la pólvora. Sí, señora, porque á mí no me ciega el amor de padre.

Aquel sarcasmo arrojado así al rostro de la Bonmarché, estuvo á pique de dar al traste con la ha-

(1) Comercio muy renombrado en San Carlos de Matanzas.

bitual serenidad de la francesa. Sus megillas se arrebolaron, bajó los ojos sin saber que los bajaba, y la idea del honrado cajero enturbió por algunos instantes el magnífico panorama que se extendía á su vista rico de ilusiones, de esperanzas y de goces sin fin.

Al recordar que se habia quedado suspensa por algunos momentos, la Bonmarché se mordió los labios de cólera.

Luego con esa facilidad sorprendente que poseía cual ninguna, preguntó á Landí con un acento que revelaba el mayor interés y el mas acendrado cariño.

—Y cuándo habeis visto á esa hermosa criatura?

—¿Cuándo? ayer, hoy, todos los dias, la mayor tempestad no la impide nunca acudir á sus lecciones.

—¡Ah, Landí! aun en medio de los azarosos dias que estoy atravesando, me preocupa de un modo extraño la suerte de la pobre Laura... creedme, no abandonaré la isla sin dejar á esa honrada familia un recuerdo de mi cariño, aun cuando hubiese de sacrificar para ello mi aderezo de esmeralda.

—¡Señora! exclamaron á un tiempo Landí y el notario de Magdalena.

—Sí, amigos míos, mi aderezo de esmeraldas, respondió la Bonmarché cubriéndose los ojos con su pañuelo de batista, porque en los tiempos que atraviesa mi pobre señora sería un crimen desmembrar un solo real de su quebrantada fortuna. ¡Maldito el que usurpa un óbolo al huérfano y á la viuda!

Landí y el notario no pudieron menos de dar crédito á las sentidas lamentaciones de Magdalena, aunque se esforzaban en vano en comprender las causas que habian arruinado un capital como el de Chateau-fort.

—¿Permitireis, señores, que me retire? dijo Magdalena poniéndose en pié y despidiendo cortesmente á los dos amigos. ¡Ocho dias! y qué son ocho dias para disponerlo todo? Os encargo de nuevo el secreto por mi pobre niña... En cuanto á mí, pluguiese á Dios que estuviese descansando al lado de mi señor!

Landí colocó ruidosamente sobre el pupitre una onza de oro, haciendo una seña al notario para que la cogiese.

El notario no se hizo de rogar. Magdalena colocó á su vez otras dos onzas sobre la mesa, que el notario guardó tambien deshaciéndose en cortesías y cumplimientos.

—Hasta mas ver, dijo bruscamente Landí alargando su mano á Magdalena.

—Al octavo dia, respondió graciosamente la Bonmarché, sobre Lóndres... somos treinta de Setiembre... el diez de Octubre tomareis posesion de la Residencia.

El notario y Landí, salieron de la habitacion saludando de nuevo á Magdalena.

Apenas se encontró sola, tiró del cordon de la campanilla y apareció Salvandy.

Magdalena al verle, le tendió la mano con una alegría que sus labios no acertaban á expresar.

Leon besó aquella mano con un entusiasmo igual al de la Bonmarché: sus ojos brillaban de una manera singular, y su corazon, latiendo con violencia, parecia decirle en sus pulsaciones: ¡rico! ¡rico!

Despues que hubo esplayado todo su gozo con la narracion de la venta que acababa de efectuar en tan poco tiempo, Magdalena le preguntó mirándole fijamente.

—¡Leon! tendreis valor para llevarlo todo á cabo?

—Disponed de mi vida, María.

—¿Y os atreveréis á ir ahora á la cabaña de cimarrones?

—Dad orden para que ensillen á Bucéfalo.

—Bien, muy bien, mi querido Leon! no esperaba yo menos de vos. Ireis ahora, ahora mismo, porque todo este negocio debe llevarse á cabo en las tinieblas; pero no ireis solo, añadió mirándole con ternura, Juan Vicente y Cosul, os escoltarán en vuestro viaje.

Lion hizo un movimiento de sorpresa, porque creia que nadie estaba iniciado en el secreto.

—Nada temais, Cosul y Juan Vicente son los dos negros mas valientes del ingenio, los que suspiran con mas ardor por la libertad. Hace ocho dias que les dije: "Os ofrezco la libertad y mil pesos fuertes si me ofrecéis en cambio estar ocho dias á mis órdenes, caminando sin preguntar adonde, obedeciendo ciegamente aunque hubiérais de esponer la vida." Ambos negros me juraron fidelidad cruzando las manos sobre el pecho. Ahora les diré: "Ha llegado el momento."

Lion se inclinó, salió y volvió á pocos instantes acompañado de los dos esclavos.

Magdalena les dió orden de ensillar al momento á Bucéfalo y á otros dos caballos de los mas lijeros, para escoltar al Sr. de Salvandy en una expedicion á los bosques.

Los dos esclavos, cuyos ojos brillaban como diamantes, se inclinaron humildemente, y se encaminaron á las caballerizas murmurando:

—Bendita, bendita mi ama!

—Ahora, dijo la Bonmarché, sentaos á mi lado, Lion, y prestad atencion á mis palabras. Entregareis á Ascanio la carta que voy á escribir, encargándole muy particularmente que venga ganando horas, para volverse antes del amanecer. No olvidéis de que debeis ignorar todos los detalles del proyecto, y si en el camino corriéreis algún riesgo, dejaos arrancar la vida antes que la carta.

En seguida escribió:

"Mi querido Ascanio: todo está ya concluido.... venid al momento, pues los instantes son preciosos y no hay tiempo que perder."

"VUESTRA M."

Pocos momentos despues, los tres ginetes hacían resonar en aquellas sombrías soledades el acompasado trote de sus arrogantes corceles.

II.

EL CAMALEON.

"Les vents soufflent avec bruit.
L'astre pâle de la nuit
Brille à travers le nuage,
Il faut avoir du courage.
Venez, venez, suivez-moi,
Et banissez tout effroi.

("ANCIENT BALLADE.")

Apenas Magdalena se encontró sola, tiró del cordón de la campanilla y apareció una de las negritas que estaban á su servicio, y con las que no tenía intimidad alguna.

—Dad órden á María Antonia para que venga, le dijo Magdalena con voz quebrantada.

La nodriza acudió al instante; pero sus ojos casi cerrados acusaban un sueño horroroso, pues habían llegado ya las altas horas de la noche.

—María Antonia, le dijo con dulzura la Bonmarché; mi cabeza se parte, se trastorna, me encuentro mal, muy mal.... pero no os alarmeis, mi buena nodriza, esto no es mas que falta de descanso.... dejadme sola; haced acostar á las esclavas y saludad en mi nombre á la señorita Silvina.

—Niña mía! exclamó la nodriza con ternura; hoy se ha dormido mas temprano pensando en las pastillas perfumadas que le ha ofrecido el señorito.... es un ángel la niña, mi ama; ¿pero quereis que se quede aquí alguna de las negritas?

—No, no, no hay necesidad, querida mía; solo necesito de descanso; ¡he trabajado tanto! pero aguardad, María Antonia, tomad esta cajita de plata que mi esposo usaba constantemente; quiero que la lleveis en memoria mía.

La nodriza tomó la cajita de plata, la examinó con una curiosidad infantil, y se retiró bendiciendo á Magdalena, de la que recibía continuas pruebas de cariño.

Luego que el ruido de los pasos de María Antonia se perdió en las galerías, Magdalena escuchó con recelo hasta la última pisada de las esclavas que se iban retirando á sus aposentos, segun la órden de la nodriza.

A la una no se oía ya en las habitaciones el mas leve ruido.

Magdalena se asomó entonces á la puerta de su habitación, pero la galería iluminada por un quinqué ya moribundo, estaba desierta y silenciosa como un sepulcro.

Entonces con un valor que desmentia su ruin é innoble presencia, se asomó á la reja dorada aplicando el oído á los hierros para oír mejor.

Al poco rato oyó á lo lejos el galope de los caballos; pero la noche estaba muy oscura y nada pudo percibir en aquel océano de tinieblas.

A medida que se acercaban al ingenio, los caballos acortaban el paso caminando con la sutileza de un conspirador.

Al poco rato cesó completamente el ruido y

Magdalena pudo vislumbrar un grupo negro debajo de su ventana.

No atreviéndose á pronunciar una sola palabra, la Bonmarché se retiró de la reja que se abrió en el mismo instante sin producir el menor ruido.

Ascanio entró el primero seguido de Salvandy que guardaba ante el mulato todas las consideraciones de un esclavo con su señor.

—Tomad, dijo Magdalena á Salvandy entregándole una llave; pasad por algunos momentos al gabinete que está en frente del mio.

El cajero se inclinó y salió.

Apenas Salvandy se habia encerrado en su gabinete, Magdalena hizo sentar á su lado á Ascanio, tratando en vano de explicarle toda su alegría, toda la felicidad con que habia llevado á cabo su proyecto.

Fingiéndose perfectamente que no encontraba frases para espresar lo que sentia, tomó la pluma y escribió con rapidez las siguientes líneas:

"Tres millones de reales pagaderos al décimo día, en billetes de banco, sobre Londres."

El mulato la miró asombrado.

—Mas, catorce mil duros que he reunido ya en letras sobre el mismo banco, dijo Magdalena recordando la voz.

Ascanio se frotó los ojos creyendo que soñaba.

—Mas, cuarenta mil en letras sobre París que he negociado con las existencias del ingenio.... mas....

—Basta, basta, Magdalena... María... todo lo que querais... Oh! cuánta felicidad nos espera sobre la tierra!

—Sí! nos espera... repitió Magdalena como preocupada.

—Allá, allá! lejos de la isla maldecida.

—Sí!... allá lejos de la isla, repitió Magdalena con el mismo tono.

—Diablo! pero qué os sucede? exclamó Ascanio casi asustado por aquel tono agorero, es singular á fé mía! siempre que sois dichosa os preocupais amada mía de una manera horrible... ¿qué temeis pues, Magdalena?

—No lo sé: pero, nunca os ha sucedido entristeceros cuando debeis sonreír y reír cuando debeis llorar?

Se dice, y no sin razon, que el miedo es contagioso, y Ascanio, que se burlaba de Magdalena, se quedó á su vez pensando sin saber por qué.

—Dios mío! exclamó Magdalena mirando su reloj, el tiempo vuela y aun no os he dicho una palabra de tantas como tengo que deciros. Vos teneis que volyeros antes del amanecer; no me queda otro recurso que dictaros por escrito mis condiciones.

Ascanio se enderezó herido por aquel lenguaje inusitado hasta entonces.

—Bah! añadió Magdalena dulcificando su acento, no vayais á ofenderos por mis palabras.... "á cada uno le llega su vez," como ha dicho muy bien nuestro Sterne: á vos la gentileza, el valor, las dotes físicas; á mí la fortuna, la sutileza.... pero la fortuna para partirla con vos, mi querido Ascanio... ¿os ofendeis ahora?

El mulato comprendió que toda resistencia era inútil, y aceptando el dorado yugo que le ofrecían, por toda respuesta imprimió sus gruesos labios sobre la perfumada mano de Magdalena.

La Bonmarché sofocó el estremecimiento que la causaba siempre el roce de aquella mano, y arriando su butaca al pupitre, escribió rápidamente dos pequeñas páginas y las presentó á Ascanio con cierta altanería.

El mulato juraba en aquel momento vengarse cruelmente de la humillación que se veía forzado á sufrir si no quería comprometer su fortuna.

—Leed en voz muy baja, dijo Magdalena con el mismo aire de superioridad.

Ascanio leyó:

"1.º Me he visto precisada á ganar á Salvandy á precio de dos mil pesos que se le entregarán el diez de Octubre, á fin de que pueda huir al reino de Méjico la misma noche en que lo verifiquemos nosotros.

"2.º He tenido que ganar también á Cosul y Juan Vicente, á fin de que nos auxilien prestándonos su ayuda en aquella noche. Estos esclavos nos acompañarán á New-York, recibiendo allí en pago cada uno, mil pesos fuertes y la deseada libertad.

"3.º Para la noche del 10 de Octubre tendreis dispuesto á toda costa un vapor que nos conduzca directamente á New-York.

"Los pasaportes con nombres supuestos los verá el cónsul francés por conducto de Salvandy.

"4.º A fin de que nuestro proyecto pueda llevarse á cabo con el mayor sigilo, caminaremos á pié hasta la costa de Puerto-Escondido, donde se hallará fondeado el vapor en las altas horas de la noche.

"5.º A fin de evitar sospechas creo prudente que vuestras visitas sean en estos días muy pocas y muy cortas; solo las precisas para ponernos completamente de acuerdo."

—Estais enterado? le preguntó Magdalena sin apartar la vista de su reloj.

—Sí, lo estoy, y apruebo todo lo que habeis hecho.... una sola duda me queda: ¿qué haremos de la....

—Chist! descansad en mi penetración para solventar las dificultades. Ahora Ascanio.... adios!

Ascanio estrechó fuertemente su mano, y se encaminó de puntillas á buscar á Salvandy, que alerta, como buen centinela, aguardaba impaciente su hora.

Magdalena los acompañó hasta la reja, cerrándola en seguida por dentro con una segunda llave que la protegía contra todo evento.

A los pocos minutos, su oído fino y ejercitado percibió á lo lejos el ruido de los caballos que caminaban á galope.

Cansada de luchar con tantas intrigas, de sentir tan diferentes emociones, temblando como el avaro que sueña ver robado su tesoro, Magdalena se dejó caer en un sofá, en el que se durmió al fin, si es que podemos llamar sueño á una serie no in-

terrumpida de horribles pesadillas y tristísimos presentimientos.

Salvandy acompañó á Ascanio hasta su cabaña de cimarrones, y en lugar de dirigirse á su casa, dió la vuelta al ingenio con los dos esclavos, entrando con ellos por la puerta principal, cuando apenas brillaban en el horizonte los primeros albores del día.

Magdalena, previsora en todo, habia nombrado á Cosul portero de la Residencia.

Algunas esclavas jóvenes se despertaron sobresaltadas, y Magdalena sacudió, á las primeras pisadas que resonaron en el patio, su lijera sonolencia.

María Antonia, que madrugaba mucho, salió al instante á los pasillos, pero se quedó estupefacta al encontrarse con la Bonmarché que salía ya de su cuarto perfectamente vestida.

—Nodriz, le dijo la francesa apoyándole la mano sobre el hombro, hoy os he cogido la delantera; aun no habeis abierto los ojos, y ya hice yo venir á mi cajero para ocuparme de los negocios de la niña.

La nodriz vió en efecto á Salvandy, que subía contando las escaleras.

Con ese servilismo que emplean casi siempre los negros para con sus amos, la nodriz besó la orla del vestido de Magdalena, se inclinó hasta el suelo, y se volvió á las habitaciones de la niña repitiendo:

—Bendita! bendita! (1)

—Lion, dijo Magdalena á Salvandy luego que se encontraron dentro del despacho, prestad atención á mis palabras, y demostradme que el antiguo amigo del teatro de la ópera es digno de la fortuna que le ofrece María Fleurette.

Salvandy colocó la mano sobre su corazón como para significar que estaba dispuesto á todo lo que se le exigiese.

Magdalena entonces redactó para Salvandy un pliego de condiciones parecido ó mas bien igual al de Ascanio.

Luego los dos amigos entablaron en voz baja una conversacion que duró algunas horas.

A las once de la mañana, y cuando Magdalena se encontraba ya en el salon al lado de Silvina, una de las esclavas de servicio anunció con voz clara y vibrante:

—La señorita Laura de Palmerolles.

(1) Las negras hacen un gran abuso de esta frase.

III.

LAGRIMAS DEL COCODRILO.

"Hiena que escondida espera
Y al incauto pasajero
Con acento lastimero
Lo llama para que muera,
Aspid que en la verde esfera
De las flores se disfraza
Veneno en dorada taza
Tal la hipocresía veo.

"TARDES DE LA GRANJA."

Como habrá ya adivinado el lector, Laura de Palmerolles había llevado á cabo su costoso sacrificio con una heroicidad sin ejemplo. Dios había bendecido sus esfuerzos, porque la empresa era santa como ninguna; y el infeliz y desesperanzado enfermo sentía reblandecerse sus músculos, y reanimarse su vida á la sola idea de volver á respirar el ambiente de las montañas donde esperaba recobrar muy pronto la salud perdida.

El retrato de Eloisa Santuiste era en verdad una obra de las mas perfectas. Sin alterar en nada el azul de sus ojos ni el reflejo de sus cabellos, Laura había sabido dar á la fisonomía de la duquesa unas tintas tan suaves, una espresion de dulzura que cautivaba.

Y no se crea que aun esa misma espresion de dulzura era hija de la gratitud de Laura y mucho menos de la adulacion; la duquesa había experimentado en aquellos dias una gran revolucion moral, una reaccion violenta hácia el bien; y la virtud presta siempre un reflejo celeste aun á las fisonomías mas desgraciadas.

Mil duros había pagado religiosamente Eloisa al artista por su preciosa obra; pero las finezas de amiga habían escedido aun á la recompensa de la duquesa, y sin haber recibido un solo real por mano del duque, Laura se encontró en posicion de emprender su viaje á España, donde en el caso de que Dios no quisiese devolver á su padre la salud que esperaba, le quedaba siempre su casita y sus viñedos situados en la falda del Monserrat.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

LAS ALMAS GEMELAS

NOVELA ORIGINAL

POR

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

PRIMERA PARTE.

(CONTINUACION.)

Carlota sintió que aquella mirada penetraba hasta el fondo de su corazon, como la hoja fria de un puñal, y no tuvo fuerza para responder.

ABRIL.

—Sí, repitió Arcelia, le amas, pero voy á destruir esa ilusion que puede conducirte al deshonor, al oprobio... ¿Sabes quién es el conde? ¿Sabes quién es Nicolás? ¿Sabes cuáles son sus infames designios?

Carlota meneó tristemente la cabeza.

—Pues bien, yo arrojaré de tu corazon el recuerdo de ese hombre impuro... él ha jurado que Carlota Cronstad aumentaria el número de sus queridas... Sí... las visitas de su infame criado no tienen mas objeto que seducirte!

Carlota sintió correr por sus venas el fuego del amor propio ofendido, y su rostro tomó una espresion tan noble, tan llena de dignidad, que hizo ruborizarse á la misma Arcelia. Aquellas palabras acababan de destruir en su corazon todo el interés que le había inspirado el filósofo de *las almas gemelas*, cuya teoría había bebido con tanta fé; solo veia en él un monstruo inmoral, y en Nicolás un ser mas vil todavía, respirando cinismo bajo el manto hipócrita de la amistad.

Miraba á Arcelia con ojos turbados como si estuviese todavía bajo la impresion de un sueño doloroso que su corazon no podia soportar, y cediendo al horror que le causaba la joya que llevaba sobre su pecho, arrancó precipitadamente el cordoncillo de oro, y echando la última mirada sobre la hermosa miniatura, exclamó con el acento del dolor mas amargo:

—¡Oh miseria del corazon humano! ¡imposible parece que Dios haya prestado al vicio una máscara tan hermosa!

A la vista de aquel talisman de la discordia, la tempestad que se levantaba en el alma de Arcelia estalló con violencia.

Sus labios arrojaban espuma: lanzó una mirada llena de rabia á la inocente Carlota, y arrojándose con furor sobre el retrato que aquella estrechaba todavía convulsivamente, arrancó la mitad y se apoyó con despecho contra un árbol, devorando la miniatura con sus ojos de fuego.

Al ver aquel esceso de cólera que revelaba todo el drama interior de aquel corazon abrasado por los celos, sintió Carlota iluminarse su mente por una ráfaga de luz que le presentaba ya los objetos con mas claridad, pero no menos alarmantes para ella.

Miró fijamente á su amiga y sorprendió en sus ojos un furor que la hizo temer por su vida. Con esa velocidad inexplicable que ostenta en ocasiones el pensamiento, midió de un solo golpe la pasion de Arcelia, sus furiosos celos, y empezó á preguntarse á sí misma... me matará?

La cólera de una mujer celosa es mas temible que una espada de dos filos. Carlota no se movia, no hablaba, no respiraba, pero tenia miedo.

Oh! era una escena digna del mejor drama la que representaban aquellas dos jóvenes solas en medio de un bosque, rodeadas de todas las bellezas de la naturaleza, envueltas entre los perfumes y las armonías de la aurora. Carlota, pequeña, blanca y rubia como un serafin, estaba inmóvil, con la boca entreabierta y los ojos fijos sobre su compañera. Su mano estendida con la mitad de la miniatura,

el ramo de rosas naturales que adornaba sus cabellos, y que simulaba una aureola suspendida sobre aquella cabeza de virgen, la hacían parecer una hermosa estatua de la inocencia. Arcelia, alta, morena, con cabellos negros, ojos árabes y unas facciones alteradas por la cólera, parecía dominar la infantil figura de Carlota, como el águila próxima á caer sobre la presa.

En esas mismas facciones había una energía que revelaba un alma noble en su creación, pero corroida por las pasiones. A sus pies estaba la mitad del retrato que acababa de despedazar hasta el infinito para satisfacer su cólera.

Largo rato había ya que duraba esta escena muda, cuando se movieron fuertemente las hojas de los árboles. Ambas rivales volvieron la cabeza con ansiedad y dirigieron sus miradas al mismo punto: ambas arrojaron un grito al ver adelantarse al conde de Kiof, seguido de Nicolás.

El semblante del conde tenía una expresión de cólera terrible, sus labios trémulos apenas podían balbucear una frase que no fuese una imprecación.

—Infame! exclamó al fin, arrojando sobre Arcelia su mirada furibunda: ¡corazon vil, exento de todo sentimiento de delicadeza; sois indigna de respirar el aire que respira Carlota!

Arcelia se cubrió el rostro con las manos y quiso huir.

—Eso no, gritó el conde deteniéndola fuertemente por el brazo; no os ireis así... Retractad todo lo que habeis dicho á ese ángel para horrorizarle; libertad su corazon del peso con que vuestra calumnia le ha oprimido... ¡Yo seducir á la jóven mas pura de la Rusia! ¡a la que Nicolás me acaba de pintar como á una santa!

Carlota empezaba á respirar con mas libertad, y fijaba en Arcelia una mirada llena de compasión; comprendía toda su miseria y la perdonaba.

—Ah! prosiguió el conde con vehemencia: ¿por qué no la he conocido antes? ¿por qué vuestra habilidad en la caza ha enderezado alguna vez mis pasos á este sitio? ¡Víbora! callais aun? Hablad, Arcelia, hablad! quiero una reparación de vuestro labio... la quiero... la necesito; hablad pues.

El conde estaba frenético; sus labios arrojaban espuma de cólera, y al contemplar la dulce serenidad que sus palabras devolvían á las alteradas facciones de Carlota, al pensar que aquel ángel hermoso pudiera aborrecerle un momento por una calumnia tan atroz, su organización sufría una contracción horrible, y lanzaba sobre la trémula Arcelia miradas que revelaban un corazon resuelto á emprenderlo todo para justificarse.

Carlota se atrevió á levantar los ojos hasta el rostro del conde, y aquella mirada templó su enojo como se templaba en el agua un hierro candente.

—Calmaos; le dijo con una voz que resonó en el oído del conde como una dulce melancolía; no consentiré que lleneis así de recriminaciones á la que ha hecho por mi amistad sacrificios costosos... Tal vez su buen afecto le ha hecho ver un peligro donde... Ah! no os altereis por Dios! añadió acercándose mas al conde, cuyo semblante empezaba á nu-

blarse de nuevo; no por eso os creo culpable... no... Si vuestro acento de verdad y el fuego de vuestras palabras no bastasen para tranquilizarme, la silenciosa alegría de Nicolás me restituiría completamente la calma significándome la confianza que debo tener en vos...

El conde se estasiaba al escuchar aquella voz celeste; su corazon acababa de experimentar una de esas emociones que duran tanto como la existencia; una de esas pasiones que matan casi siempre la organización por fuerte que sea.

—Miseria humana! ¿dónde está el decantado poderío del hombre? Pobre rey de la creación!

—Sí!... prosiguió Carlota con entusiasmo y atreviéndose á mirar fijamente aquellos ojos magníficos; mi corazon os devuelve con alegría el crédito que antes gozábais en él... Pero no insulteis á un ser débil que no puede defenderse. Conde! insultar á una mujer! Ah! en el corazon que se deja arrastrar á tales extremos, no puede habitar la virtud!

El conde bajó los ojos, avergonzado al verse reprendido por una niña sin experiencia, y los levantó de nuevo fijando en ella una mirada que no nos es fácil traducir, porque no hay frase alguna rusa ni española que abrace su expresión: su porvenir no tenía ya mas que un objeto único.

Carlota que acababa de ver de cerca, real, hermoso, fascinador, el original del peligroso retrato; Carlota que había acogido con amarga alegría la odiosa calumnia, que le daría fuerzas para seguir con mas ánimo la triste senda que, sembrada de venenosas flores le marcaba el destino, fuera de sí al verse respetada y adorada, (oh! el conde la adoraba; era un amor naciente, pero que se había hecho gigante en pocos minutos;) comprendía perfectamente aquella mirada, y cediendo al encanto mágico que la seducía, dejó asomar á sus labios una sonrisa celeste, dejó brotar en sus ojos una ardiente lágrima; lágrima silenciosa lanzada del fondo del alma, como esas gotas brillantes que asoman lentamente por entre los espinos de la zarza-rosa, y que revelan un manantial desconocido.

Confusa, llena de vergüenza al recordar el nombre de Lenois, se volvió maquinalmente hacia Nicolás tendiéndole la mano, como quien busca un apoyo; pero su cabeza se estraviaba; su corazon quería salirse del pecho; el canto de las aves que se columpiaban en las ramas, el murmullo de las hojas agitadas por la dulce brisa de la mañana, todo murmuraba en torno suyo, amor! amor!

Eran dos almas gemelas que se habían comprendido en un segundo.

V.

LA SEPARACION.

"Corazon, sigue tu via,
Que yo seguiré la mia."

(Cancionero.)

¿Pero qué se había hecho Arcelia? Ay! aquella defensa la humillaba, la hundía. La que debiera aborrecerla y complacerse en verla confundida, ab-

AMOR DE UN POETA.

(CONTINUACION.)

IV.

NUEVAS IMPRESIONES.

Aquí Ricardo dejó escapar un hondo suspiro.

Luego continuó:

—Así las cosas, me acordé de la pobre Mariana y traté de volver mis ojos hacia ella para ver si lograba corresponder á su inmenso cariño con un poco de gratitud. Mas fué en vano mi empeño, porque cuanto mas me interesaba en ello mayor se hacia la aversion que sentia á enamorarme. Junto á Mariana mi corazon no era otra cosa que una masa de hielo que no bastaban á descongelar las frases mas apasionadas.

«Entre tanto el recuerdo de la desconocida renacia mas vivo á cada hora en mi memoria: mis pensamientos todos converjian hacia ella; su sombra iba pegada á mi sombra, y en todas partes soñaba que la veia ó que, por lo menos, de un momento á otro habia de venir á sorprenderme.

«Por una incidencia estraña, en aquella época contraí nuevos conocimientos entre familias de elevada esfera; y no parecia sino que el ángel malo se habia propuesto atormentarme sin descanso, porque no hubo ejemplo de que me hallara en visita sin que llegase á mis oídos el nombre de aquella mujer. Todo el mundo hablaba de ella; pero de qué manera, gran Dios! Como si yo no la hubiese divinizado en mi corazon, todavía parecia que habia empeño en hacérmela mas interesante. Jamás se la mencionaba sin que fuese para ensalzarla hasta los cielos. Mis oídos no cesaban de escuchar los elogios que se la tributaban, unas veces para encarecer el mérito de sus virtudes, para admirar la nobleza de sus sentimientos otras. Todo en ella era grande, todo sorprendente al decir de las gentes. Oh! Habia para volverse loco con tantas alabanzas tributadas donde quiera y sin descanso al objeto de mi amor.

«Un dia entraba yo en casa de la marquesa de *** al tiempo mismo que bajaban las escaleras dos señoras. Venia delante la mas anciana, á la cual reconocí al momento: era la madre de aquella muger tan encomiada de quien te estoy hablando. Detrás descendia ella. No sé qué fatalidad ha pesado sobre mí en todo cuanto tiene relacion con esa criatura; pero lo cierto es que cuantas veces he deseado olvidarla otras tantas se me ha presentado en la ocasion mas crítica ataviada con aquel traje misterioso que vestia en la capilla del convento donde yo la conocí. Y, querrás creerlo? Aquel traje tenia tal encanto, que trocaba en ternezas las quejas que estaban próximas á salir de mi boca. Todo el odio que me proponia abrigar contra la orgullosa dama de los carruages y palacios, de los encajes y bordados, todo se disipaba para dar entrada en mi pecho á los sentimientos mas puros y amorosos en presencia de aquel vestido ne-

juraba todo resentimiento y rogaba por ella.

Aquel rasgo de verdadera caridad hizo llegar al corazon de aquella amiga pérfida y envidiosa, un arrepentimiento sincero, que le arrancaba lágrimas amargas de desesperacion.

¡Cuánto hubiera querido volver á recobrar la estimacion de Carlota! pero esto era imposible; ella conocia en la serenidad de su amiga que la perdonaba; pero que no podia amarla, y aprovechándose del momento en que Carlota se volvia hacia Nicolás, desapareció por una de las alamedas, y fué á ocultar su vergüenza en el fondo de su gabinete, donde no quiso recibir á nadie en todo el dia.

—Ahora que todo está ya justificado, dijo Carlota ruborizada al verse sola con el conde y Nicolás, ya nada tengo que hacer aquí; vamos, Bristol, vamos, mi pobre falderito, añadió tomándole cariñosamente en sus brazos.

El animalito lamia suavemente su blanca mano y la llenaba de caricias.

Carlota se volvió cortésmente hacia el conde, como si quisiese hablar; pero no supo qué decir: su boca no podia pronunciar un adiós, que le parecia ser el último.

Hizo un esfuerzo para sonreírse, estrechó convulsivamente la mano de Nicolás, y echó á andar lentamente por el bosque volviendo la cabeza, como si una fuerza irresistible la retuviese en aquel sitio.

El conde que no apartara un momento sus ojos apasionados de la jóven Cronstad, sintió que su corazon experimentaba un vacío inmenso á medida que ella se alejaba; miró fijamente á su ayo que harlo bien lo comprendiera, y adelantándose rápidamente hacia ella, exclamó con acento tiernísimo:

—¿Me aborrecis todavía, Carlota? ¿Habeis perdonado al que nunca profanó vuestro hermoso nombre? ¿Creéis todavía...

—Señor! murmuró Carlota deteniéndose; aborreceros! ah! no!... no he nacido yo para aborrecer... pero dejadme por Dios, dejadme ir... no creo, no he creído jamás en vuestra calumnia, pero mi corazon sufre con tantas emociones á la vez... la falsedad de Arcelia á quien tanto amaba... mi enlace...

Carlota no pudo proseguir; sus labios palidieron, y las lágrimas se agolpaban á sus hermosos ojos.

—Vuestro enlace! repitió maquinalmente el conde; no, no; esa es una fábula inventada por Nicolás para volverme loco.

—Señor! repitió Carlota sonrojándose; creedme, porque os digo la verdad...

Calló y clavó sus ojos en Nicolás pidiéndole ayuda.

—Oh, hijo mio! ¿y cómo hubiera yo hablado de este enlace si no estuviese á punto de realizarse? añadió el anciano.

—Mentira! mentira!

(Se continuará.)

gro y de aquel manto que la cubría desde la cabeza hasta los pies. A tal punto llegaba mi preocupación que me figuraba esta muger con dos naturalezas distintas. Si la primera, es decir, si revestida con el carácter orgulloso de la soberbia dama se me hubiera presentado en ocasiones dadas, es seguro que habría tenido valor para romper con ella; pero sencilla y modesta siempre que su cuerpo iba cubierto con el misterioso manto, te lo repito, era demasiado interesante y poética para guardarla rencor. Además, no era esta última la única que yo conocía de aquellas dos mugeres? Cuál sino ella había tenido la bondad de dirigirme la palabra? Quién se dignó en cierta ocasión estrechar mi mano entre las suyas? No intenté hablar una vez hablar á la alta dama y me impuso silencio con un imperioso ademán? No la saludé mil veces sin recibir mas que indiferencia y desprecio por contestación? Oh! Todo esto, que lo tenía muy presente al penetrar en casa de la marquesa, pasó como un sueño en el momento en que mis ojos tropezaron con las dos personas que bajaban las escaleras.

«Aprovechando la ocasión que la madre me depa-
raba al detenerse á dar sus instrucciones al lacayo que, sombrero en mano, se disponía á abrir la portezuela del carruaje; me acerqué á la jóven que aun no había salido del zaguan y la tendí amorosa, pero disimuladamente la mano. Ella la estrechó, al parecer con júbilo: mas como guardase silencio la dije rápidamente y á media voz.

—«Qué extraña conducta usa V. conmigo! No merezco mas? No soy digno de que me cumpla V. la palabra que me dió al separarnos en la capilla del convento de Sto. Domingo?

—«Sí, me contestó; mañana á las cuatro en S. Sebastian. Entiende V...? Cuidado con faltar!

«Y al decir esto me apretó nuevamente la mano, que aun tenía asida entre las suyas, y me dejó para entrar con su madre en el coche que la arrebató á mi vista.

«No hay que decir si el día siguiente acudiría yo con afán á la cita.

—«Puntual es V., me dijo tomándome una mano y arrastrándome en pos de sí al interior de una solitaria y oscura capilla.

—«Cómo no, la contesté sonriendo, cuando se trata de complacer á una dama como V?

«No quise decirle que hacía una hora la estaba esperando.

—«Repáre, amiguito, me replicó despues de un breve momento que permaneció arrodillada y como en oración, repare que no es á mí, sino á V. á quien hay que complacer.

—«Es cierto, señora. Soy muy inconsiderado sin duda al hacer á V. incomodarse con una exigencia imprecendente.

—«No tal, caballero. Bien puede V. suponer que si hubiera tenido precisión de violentarme para venir aquí, ni yo le habría llamado, ni, aunque la súplica hubiese venido de parte de V., hubiera acudido. Vengo, y soy yo la que exijí de V. que hiciese otro tanto, por dos causas: primera, por

que deseo probar á V. que sé cumplir las palabras que doy; y segunda, porque quiero despedirme de V.

«Estas palabras, que desde luego me parecieron un poco oscuras, fueron pronunciadas con tal entereza que me llenaron de terror. Sin embargo, me acordé de la respuesta que dió á mi pregunta en el día anterior, y me tranquilicé. Mas á pesar de todo aun la dije.

—«Me parece, señora, que no he comprendido bien. Ha dicho V. que viene á despedirse de mí. Es acaso alguna despedida eterna?...

«La dama me miró sorprendida; y al ver en mis ojos retratada la ansiedad y la duda de que mi alma estaba llena, no pudo contener una carcajada de buena fé.

—«No lo permita el cielo, dijo; porque el tal caso supondría la muerte de uno de los dos.

—«Y no podría ser tambien que sin esa esta circunstancia tratase V. de despedirse de mí para siempre?

«Esta vez la duda y la ansiedad se trasladaron á su mirada.

—«Qué dice V.? preguntó.

—«Perdon, señora. Ya he dicho á V. que no había comprendido bien, y por eso trato de indagar el sentido de sus palabras.

—«Pero espíquese V.; por Dios.

—«Pues bien, señora; lo que supongo que me ha querido V. decir es que mis exigencias le son á V. molestas é importunas, por eso viene á despedirse de una manera política y encubierta figurando que...

—«Basta, señor sospechoso, basta. ¿Qué cúmulo de despropósitos revuelve V. en esa cabeza? ¿No he dicho á V. cuál es mi modo de pensar? Cuando una persona me es importuna ó se me hace molesta, tengo bastante decisión y energía para decirselo con franqueza, como la tengo para decir á V. que es muy niño todavía. No conozco otro lenguaje ni uso de mas formas que las de la sencillez y la inocencia. He dicho á V. que vengo á despedirme, porque me marcho fuera.

—«¿Y me será permitido preguntar si ha de ser larga la ausencia?

—«No mucha. La temporada de verano, nada mas.

—«De manera que, lo menos en tres meses no tendré el gnrto de ver á V?

—«Y eso qué le importa?

—«Mucho, señora, mucho; porque la presencia de V. se ha hecho para mí necesaria como el aire que respiro, como la proteccion de Dios. La vida sin V. no tendría encantos para mi pobre corazón; y, si lo he de decir de una vez, tampoco aprecio la existencia para pasarla lejos de V. Yo... ¿Mas por qué rie V. de esa manera? ¿He dicho algun despropósito?...

(Se continuará.)

A LA CREACION.

DEDICADA AL SR. D. F. C.

¡Cuán bello es en la alborada
después de cruda tormenta,
cuando sus galas ostenta
la primavera encantada!
¡Cuán bello es el aspirar
su aura balsámica, pura,
junto al río que murmura,
y miramos deslizar!
¡Qué hermoso es el escuchar
á la avecilla parlar
cuando oculta en la pradera
su canto hace resonar!
¡Y admirar del Sol naciente
los fúlgidos resplandores,
que reanimando las flores
muestra orgulloso su frente!
Ah! todo es encantador
en la natura imponente!
Todo es bello..... sorprendente.....!
Todo revela á su autor.

Siempre sentí mi alma conmovida
Admirando la hermosa creacion,
Y al aspirar el aura apetecida
Sentí en mi pecho plácida expansion.
¿No escuchaste jamás de esa aura pura
El dulce murmurar tras de una flor?
¿Ni admirastes tampoco la dulzura
Que con su canto esparce el ruiseñor?
¿No has dejado vagar libre tu mente
Henchido de un placer puro, inefable,
Al contemplar del Dios omnipotente,
Las obras de su mano formidable?
La simple florecilla que mecida
En su tallo flexible y ondulate,
Ostenta su corola guarnecida
De hermosas hojas de color brillante,
Que esparce su perfume delicado
Por el risueño valle y la floresta,
La grandeza del Dios que la ha criado.
En su mudo lenguaje manifiesta.
La pintada avecilla, que surcando
El ancho espacio, con afán prolijo
En su piquillo lleva gorgandeando
El alimento de su caro hijo,
Que en su instinto de amor guarda y defiende
A su inocente y dulce compañera,
Y al ver al buitre que los aires hiende,
Bajo sus tiernas alas la atrinchera,
En su heroico valor no dice nada
Del hombre á la precoz inteligencia?
¿Quién dotó á esta avecilla delicada?
¿Quién, sino la suprema omnipotencia!!!
Por eso cuando el Alba descubierta
Esparce su celaje nacarado,
La cándida avecilla se despierta,
Y un himno eleva al Dios que la ha criado.
El río que murmura lentamente,
El ancho mar con su feroz bramido,
La brisa que susurra dulcemente,
El toro bravo en su rugir temido,
El sol con sus brillantes resplandores,
El viento en su grandeza soberana
Silbando entre las rocas y las flores
En desecha y violenta tramontana.

Todo sumiso rinde en armonía
El homenaje de su amor profundo
A aquel que en su eternal sabiduría
Hágase el mundo, dijo, y se hizo el mundo!
Así cuando en la noche silenciosa
Brilla en el centro de su régia cuna
La misteriosa y plateada luna,
Con esa luz de mágico fulgor,
Dulces memorias por mi mente vagan
Que inflaman mas y mas mi fantasía;
Mi corazón de gozo se estasia
Admirando las obras del Señor.

Y oigo en el espacio
celeste armonía,
dulce melodía
de bello cantar.
Veo seres alados
que cruzan ligeros,
fieles mensajeros
del Dios de Abrahán.
Entonces inclino
mi ardiente cabeza
ante la grandeza
de tanta ilusión.
Y en gratos deliquios
mi alma reposa,
y esclamo gozosa,
loado sea Dios.....!

MARIA JOSEFA ORTEGA DE CELLIER.

A CADIZ.

ODA.

*Miradla; es ella. Ved que entre las olas
Su coronada sien iergue y levanta
Orgullo de las playas españolas.*

SR. FLORES ARENAS.

Ciudad de bendicion! reina y señora
Del Atlántico mar, que á los fulgores
De la risueña aurora,
Al dulce aliento de la fresca brisa
Y del sol á los rayos brilladores,
Con plácida sonrisa
Besa tus playas murmurando amores.
Y en la tarde callada
Cuando á Occidente el sol se precipita
Escondiendo su luz amortiguada,
Cuando la flor sensible se marchita
Y su esmaltado broche
Cierra al céfiro blando de la noche;
Y resbalan las auras rumorosas
Por la cima ondulate
De la serena mar; cuando arrullada
En los brazos de Atlante
Que cercan tu ribera
Dó se estrellan las olas temblorosas
El sueño duermes que á la paz convida,
Mi lira conmovida
Y de grato entusiasmo enagenada
Quiere elevar su acento por do quiera,
Y cantar orgullosa, enardecida,
La gloria placentera
De mi patria querida,
La hermosa cuna de mi edad primera!

En la arenosa playa
Do se eleva tu trono magestuoso,
En la fuerte muralla
Que resiste el azote impetuoso
De la soberbia mar embravecida,
Hay un signo de gloria
Que recuerda orgulloso
Un hecho victorioso
Que en el dorado libro de la historia
Vive eterno y fecundo,
Mientras la voz de fama orgullecida
Lo publica do quier, y es su memoria
La sacra fuente do entusiasmo mana,
Admiracion del mundo,
Gloria y orgullo de la gente Hispana.
En el aciago dia
Que de luto llenó la Monarquía,
Cuando el traidor guerrero
Que insigne capitán se apedillaba,
Desnudando el acero
Los altos Pirineos traspasaba
Y la desolación do quier llevaba;
Cuando aquel que los pueblos y naciones
Le rindieron humildes sus pendones,
Henchido el pecho de iracunda saña
Impulsó sus legiones
Hasta las puertas de la noble España;
Entonces hasta el cielo
Se alzó de Gades grito soberano
De patria y libertad, y conmovido
Todo el Hesperio suelo,
Amenazó al tirano
Que avanzaba ominoso y atrevido.
Entonces con estruendo
Rugió la tempestad que amenazaba,
Y al estampido horrendo
Del cañon que la muerte vomitaba
Estremeciendo con furor la tierra,
Y al nublado siniestro de la guerra,
La alta Gades vagaba
A través de aquel caos tenebroso,
Y en su seno llevaba
El altar de la patria victorioso.

Ella venció á la fin, y prepotente
Su magnánima frente
Hasta el cielo elevó; y aquel guerrero
Que reyes tras su carro conducía
Y que en *Marengo* y *Austerlitz* vencía,
Rindió humillado el fulminante acero
Ante los muros de la patria mia.

Hija de Alcides bella,
No cantar quiero del terrible Marte
Los triunfos y loores
Que adornaron tu sien; otros mejores
Ciñe tu frente pura
En la esfera del arte
Donde el saber destella
Su reflejo inmortal; donde natura
Distribuyó benéfica sus dones
Con espléndida mano,
A la par que nacieron
Génios que veneraron las naciones
Y que en ciencia y virtud sobresalieron.

Allá en dichoso dia
Cuando España era rica y poderosa,
Tu seno recibía
El abundante oro
Que la América hermosa
A raudales espléndidos vertía.

Entonces prodigaba su tesoro;
Entonces la alta Gades florecía!
Mil naves en tu rada
Ostentaban gallardas su bandera,
Y otras en la ribera
De tu puerto á la entrada,
Con blando movimiento
Impulsadas serenas por el viento,
Mil riquezas traían
Que en sueños ¡ay! despues se trocarían.

Mudo testigo fuiste
Del *desastre glorioso*
Que en Trafalgar un dia
Robó á la España toda su alegría
Cubriéndola de luto pavoroso.
Y triste y desolada
Con cariñoso celo recibiste
Cual madre acongojada,
Los funestos despojos
Que á tu costa arrojó la mar airada.
Con el llanto en los ojos
Tus tristes habitantes contemplaron
La funesta derrota que sufrieron
Aquellos que jamás morir debieron!
Los que el fuerte valor siempre mostraron
Y en horrible combate perecieron:
Honra, prez y loor de la marina,
Un *Valdés*, un *Churruca* y un *Gravina*!

Pero nunca tu frente
El crimen vil manchó; siempre orgullosa
Y noble y generosa
Brilló á la faz del mundo,
Cual faro refulgente
Que brilla sobre el piélago profundo,
Como nuncio de calma y de ventura,
Cual fanal esplendente de hermosura.

Ciudad en donde anidan los amores,
Edem en donde bullen los placeres,
Paraíso de célicas mugeres,
Bello jardín de matizadas flores,
Ciudad en donde el génio
Logra alcanzar la palma de victoria;
Donde brilla el saber, brilla el ingenio
Iluminado por el sol de gloria.
Del encumbrado cielo,
Cual radiante vision cándida y pura,
A tu mágico suelo
Bajó la *Caridad* en rauda vuelo.
Ella fué de tus hijas la dulzura
Al practicarla con ferviente anhelo:
Ella tambien del infeliz consuelo.
Por eso las naciones
Que tu virtud y gloria contemplaron
Te rindieron cumplidas ovaciones,
Y á la par te aclamaron
Culta por excelencia,
Templo de la hermosura y de la ciencia.

Quién penetrar pudiera
Del porvenir en la region oscura
Para admirar la página futura
De tu brillante historia,
Y contemplar ¡oh Gades hechicera!
Tu inmenso porvenir, tu exelsa gloria!

¡Mas ah!... mi lira cesa de cantarte;
No puede proseguir... mi voz se agita
Y cesa de alabarte...
Mi corazón palpita
Ante ese porvenir!... cantar quisiera

Con inmortal canción si yo pudiera!
Solo así juzgaría
SER DIGNO DE CANTAR LA PATRIA MIA.

RICARDO CARDELUZ Y JURADO.

LOS BESOS DE BELISA.

¿De qué me sirve del bosque
la perfumada ambrosía
si no vás, Belisa mía,
si no vás vertiendo amor?
Y esa luna que desciende
con céfiros voladores
que vela amante á las flores
su trasparente color.
¿qué me sirven sus fulgores
sin un beso de tu amor?

¿No sentiste al manso arroyo
susurrar alegremente
corriendo ansioso á la fuente
entre sáuces bullidor?
Y no viste en la enramada
cuando alumbra el claro día
una celeste armonía?
¿No escuchaste al ruiseñor?
¿Mas vale su melodía
lo que un beso de tu amor?

Belisa, quíereme mucho,
nunca se nublen tus ojos
ni abandones con enojos
jamás, niña, á tu cantor.
No te vayas tan temprano,
dáme otro abrazo, alma mía;
dormiré con alegría
en tu seno encantador.
¡Ay Belisa! ¡viviría
sin los besos de tu amor?

ABEN-KADIL.

RECUERDOS DE MI HIJO JOSÉ. (*)

¡Cuán vanamente pido
A la lira suave acorde canto!
Al corazón herido,
En su acerbo quebranto,
Solo lo cercan amargura y llanto!
Has contigo llevado,
¡Oh tierno hijo! toda melodía
De este pecho angustiado;
Tornada es la voz mía,
Con el duro pesar, ronca, sombría.
Rotas ya las sonoras
Cuerdas del corazón, solo apenada
Resuena á todas horas
La que al dolor templada
De todo grato acento está alejada.
Semejante á gemido
Será mi triste canto lastimero:
De tí, oh hijo querido!
No diré cuanto quiero
Que no permite tanto el dolor fiero!

(*) Murió á los 9 años de edad el 26 de Octubre de 1857.

De gracia y hermosura
Dotáronle los cielos ampliamente,
Pero mas bella y pura
Irradiaba en tu frente
Tu alma bendita su esplendor fulgente.
Cual celeste aureola
Todo tu ser bañaba y envolvía,
Y en su hermosura sola
Tal atractivo habia
Que enamoraba á todos y atraía.

Superior á sus años
Su esencia buena y su piedad mostraba,
Y aunque los crudos daños
De la vida ignoraba,
De toda desventura se apiadaba.
¡Cuán grande y abundoso
Tesoro de bondad y de ternura
Era el pecho amoroso!
¡Qué angelical dulzura
Brillaba siempre en su mirada pura!...

Ay de mí! que he perdido
En solo un punto toda mi alegría,
Pues aquel bien querido,
Que tan feliz me hacia,
Le ha sido arrebatado al alma mía!
En mi delirio insano
Lo busco por do quiera, y afanoso
Voy preguntando en vano
Por aquel bien hermoso
Al monte, al valle, al aire, al mar undoso.

Su curso silenciosa
Sigue en tanto natura, que me encierra
Como tumba medrosa
Donde la vida aterra,
Donde toda esperanza se destierra.
La vivifica lumbre
Para mí enluta el sol en su almo día:
De noche, en la alta cumbre,
Nebulosa, sombría,
La luna para mí su luz envía.
Está al alma cercando
Nube de llanto y de dolor y duelo,
Que mis ojos turbando
Como fúnebre velo
Se extiende tristemente á tierra y cielo.

De flores coronada
Pasa la Primavera, y el Estío
Con su faz abrasada,
Pasa el Otoño umbrío
Y el crudo Invierno, nunca el dolor mío!
No estarás á mi lado,
Hijo querido, en la vejez penosa,
Ni por tí consolado
Seré, ni cariñoso

Me sostendrá tu mano cuidadosa.
Ay! tu bendita mano
No cerrará mis ojos en la muerte.
¿Por qué terrible arcano
Debí yo conocerte
Para sufrir la pena de perderte?
¿Es un Ser implacable
El que al hombre condena á los dolores?
¿Será acaso probable
Que en hacerlos mayores
Se complazca empleando sus rigores?
Hará brotar tan bellos
Tiernos afectos en el alma humana,
Para luego rompellos
Por complacencia vana
Cuando el hombre en su goce mas se ufana?
No permitas, Dios mío,

Que mi dolor me arrastre á la locura,
Y desconozca impío
Siendo cual soy tu hechura,
La esencia de tu Ser bendita y pura.
Quede siempre impotente
La lengua mia al paladar pegada,
Antes que torpemente,
En su ignorancia osada,
Murmure de esa voluntad sagrada.
Santa Alteza suprema,
Do todo bien, poder, sabiduría
Se aduna en tan extrema
Perfeccion y armonía
Cual nunca humano labio espresaría;
Tú los mundos pusiste
En el espacio inmenso equilibrados,
Y alta norma les diste
A que fueran reglados
Con giro y movimientos concertados.
Y al hombre, bondadoso,
De tu luz concediste una centella,
Y para que anheloso
Te buscara, con ella
Tu amor encendió en él su llama bella.
Por esa clara llama
De tí, Supremo bien, enamorada
Mi pobre alma se inflama,
Que en su dolor postrada
Solo puede en tu amor ser consolada.
En ese tu infinito
Amor, que el tiempo y el espacio inunda,
Y nos muestra el bendito
Gérmen que lo fecunda
En el humano bien que de él redunda.
Así aquel hijo mío
A mi impotente amor arrebatado,
Por el tuyo confío
Será en gozo asentado
Y de inmortal diadema coronado.
¿No ha sido por ventura
Piedad tuya y amor que lo libraras,
De esta vil carga dura,
Que su vida cortaras
Y no para el dolor la prolongaras,
Y que viera una á una
Morir sus esperanzas y alegrías,
Antes que, por fortuna,
Acabaran sus días
Llenos de desengaños y agonías?
O acaso no amoroso
Has sido para él, si has evitado
Que fuese aquel hermoso
Espíritu manchado
En este suelo inmundo encadenado,
Y en tu bondad inmensa
Le das, cual si venciera, la corona
De buenos recompensa,
Porque tu amor lo abona
Y el combate y la prueba le perdona?
El en su breve vida
No ha gustado la copa de las penas
De amarga hiel henchida,
Y sus horas serenas
Fueron de goce y de contento llenas.
Amor le rodeaba
De sus padres y deudos á porfía;
Do quiera que miraba
Rostros amigos vía
De quienes era encanto y alegría.
Ni las propias pasiones,
Ni la maldad ajena! en rencorosas

Enemigas gestiones,
Levantaron furiosas
Tormentas á su alma peligrosas.
Fué como flor cortada
Cuando desplega el delicado seno
En la fresca alborada,
De grata esencia lleno,
Mecida al matinal soplo sereno.
Que ni el férvido rayo
Del sol en el cenit enardecido
La dejara en desmayo,
Ni su aroma perdido
Ni su matiz verá descolorido.
Pero aquel ser, Dios mío,
Era de este mi ser tanta y tal parte,
Que aun cuando en tí confío
Y procuro buscarte,
De vencer mi dolor no encuentro arte.
Cual mar embravecida
Rugiendo la amargura se levanta,
Entre sombras perdida
Se encubre tu luz santa,
Y vaporosa oscuridad me espanta.
De la tiniebla hermanos,
Se alzan todos los monstruos que abortaran
Los delirios humanos,
Los que al hombre engañaran
Y su razon y mente estraviaran.
Son los unos sombríos
Nuncios de ira, présagos de horrores,
Rien los otros impíos
Cual de vanos errores
De tu Ser Eternal y tus amores.
Cual fieras en acecho,
Arrebatarme mi esperanza intentan,
Lanzándome al despecho:
¡Ay de mí! ¡cuál alientan!
¡Cómo su furia en mi dolor aumentan!
Oh! Dios, ven en mi ayuda,
Auxilio dá al que en tí creyendo espera,
¿A quién quieres acuda
Si á su demencia fiera
Me entregas como presa lastimera?
Acalla el turbulento
Confuso vocear de mis sentidos,
Libra mi entendimiento
De locos alaridos
De errores y pasiones confundidos.
Cuando en silencio quede
Mi ser, la inteligencia á tí encumbrada,
Entienda, en lo que puede,
Tu voz no articulada
Su percepcion mas noble y elevada.
Dile entonces que eres
El Absoluto Bien, santo, infinito,
Que eternamente quieres
Lo mas recto y bendito,
Que la injusticia odias y el delito:
Que llenas del bien tuyo
Los tiempos y los orbes, sin medida,
Y que el alma de suyo
Te busca enardecida
Como á centro feliz que la convida.
Que á tí te busca cuando
En su destierro, ciega y engañada,
Va por do quier buscando
La dicha ilimitada
Que solo está en tu goce reservada.
Dile que si le encubres
Tu rostro paternal aquí en el suelo,
Bien tu amor le descubre:

Que alza la muerte el velo
A una vida mejor de alto consuelo.
Vida que de luz pura
Y de paz y de amor está colmada,
Do eterno sol fulgura
Tu verdad no velada
Que el alma hambrienta dejará saciada!
Hazme oír esa santa
Voz de perenne bien dispensadora,
Y aunque la pena es tanta,
En lo mismo que llora
Encontrará consuelo el que te adora.
Y el alma desolada,
Sus potencias por tí ya enaltecidas,
Mezclará consolada
Las lágrimas queridas
De su dolor y de tu amor unidas.
Y tú, oh hijo dichoso,
Que la luz gozas de la Esencia pura,
No olvides que amoroso
Nudo fiel de ternura
Nos ligó en esta noche triste, oscura.
Pues que ya fueron rotos
Aquellos febles lazos terrenales,
Escucha ahora mis votos,
Cámbiense los mortales
En otros ya celestes é inmortales.
Nuestros recuerdos sean
Los lazos de la muerte vencedores
Nuestras almas posean
El bien de sus amores
A través de la tumba y sus horrores.
Líguenos la memoria
Con mística lazada permanente,
Mientras que transitoria
Pasa en veloz corriente
Mi vida, y el Supremo Ser clemente
Nos une en ese día
De su luz eternal esclarecido,
De infinita alegría
Y delicias henchido,
Jamás por negra sombra interrumpido.

JOSÉ MARTINEZ DE AGUILAR.

LA MURMURACION.

I.

—Dá usted permiso?—Adelante!
—Señora, estoy á sus pies.
Cómo va?—Muy bien, mil gracias;
y usted?—Mil gracias, muy bien.
—La señora?—Tan famosa.
—Me alegro.—Gracias: se fué
el esposo?—No, ya sale.
Andrés!—Qué quieres, mujer?
—Ven, que te espera don Cándido.
—Si está ocupado....—Aunque esté.
Ya llega.—Mi buen amigo!
Vengan los cinco.—Los diez
con toda el alma.—Usted grueso
como siempre.—Ya se vé;
no estoy de mal año.—Ahora
le tengo que reprender....
—De veras? y por qué causa?
—Porque es un ingrato; un mes
hace ya que no nos honra
con sus visitas.—Ayer

ABRIL.

volví de Toledo....—Sí?
—Corto mi viaje fué;
pero he tenido estos días
doscientas cosas que hacer
y no me ha sido posible....
—Siendo así perdonaré
su ausencia.—Yo los aprecio...
—Como nosotros á usted.
—Muchas gracias.—Esta noche
la consagro á ustedes.—Bien.
Dentro de algunos instantes
vendrán á tomar el té
algunos cuantos amigos.
En confianza se lee
algun drama; se habla un rato,
se echa luego un ecarté
ó un tresillo y de este modo
la estremada pesadez
de estas noches sempiternas....
—Es muy justo, D. Andrés,
las noches del mes de Enero
son horribles; qué llover!
qué calles! está la villa
hecha un muladar.—No sé
como puede transitarse
por ella.—Si es menester
andar en zancos: hay puntos....
—Luego como el gas no es
gas, ni cosa que lo valga....
—Si estamos á oscuras.—Pues!
y si luego el empedrado
fuese cual debiera ser...
pero ¡quía! el ayuntamiento
no hace caso; y aunque cien
y cien veces los diarios
clamen todos á la vez,
él continúa teniendo
oídos de mercader.
—Cosas de España, señora.
—Es bien seguro, sí á fé.
—Y á propósito de España,
¿qué hay de noticias?—No sé.
—Señor don Cándido, ahora
con esa nos sale usted?
—Pues qué hay, señores?—Friolera!
El ministerio....—A caer
vá por ventura?—Si estamos
en plena crisis!—Pardiez,
que lo ignoraba; estos días
ni un periódico tomé
en las manos.—En la corte
ya nadie ignora el pastel.
—Un pastel!—Ochenta y cinco
votos contra diez y seis;
una completa derrota.
—Y se ha designado quién?...
—Corren mil candidaturas;
pero hasta ahora se cree...
—Qué?—Que no hay nada resuelto.
—Si subiera el conde de....
—O el general don....—A mí
no me sabría muy bien....
—Pues á mí sí.—Mas ¿qué causa?...
—Nada, lo que dijo Andrés:
cosas de España, don Cándido.
—Pobre España, y cuál se vé!
—Es claro, con tanto pícaro
y tanto intrigante.... pues!
—Me parece que alguien llama.
Muchacha!—Qué manda usted!
—Mira quien llega, y alumbra.

—Voy señora.—Guapa es la criada.—Si no fuera tan floja... mas ¿qué he de hacer? Las fregonas de Madrid son todas de este jaez"

(PARÉNTESIS.)

(Doña Juana entorna el labio; se levanta don Andrés; entran algunas señoras; al verlas se pone en pié don Cándido; sigue á esto el consabido entremés de los besos y saludos de ordenanza; se hace el té; los demás van acudiendo; y entre charlar y sorber, se critica con ahinco y á nadie se dá cuartel).

II.

—¿Saben ustedes, señoras. que se casa la Isabel?
—Qué se casa?—Sí, por cierto.
—¿Se puede saber con quien?
—Con un jóven muy cumplido que es propietario en Jerez.
—Y cómo le echó el anzuelo?
—Qué sé yo! lo cierto es que se vieron en el circo de la plazuela del Rey, cierta noche allí se hablaron, se entendieron y anteayer fueron á la vicaría.
—Buena boca tiene el pez. No he visto mujer mas sosa....
—Y adonde me deja usted su fealdad?... tiene los ojos saltones....—Pues ¿y la tez?
—¿Y la cintura?—¿Y las manos?
—Tan grandes como los pies.
—Añada usted un geniázo peor que el de Lucifer....
—Sin embargo, no es tan fiero el león... yo sé muy bien que tuvo amores con Carlos de Sandoval...—Sí, ya sé: el aprendiz de poeta que hace coplas á granel.
—Pues, como os iba diciendo: Carlos la obsequió una vez y ella no dió grandes pruebas de su arrogante desden. Estaba mas derretida que la cera al sol; al mes de relaciones, la pobre se desvivía por él y le celaba....—De veras?
¡Vaya una ridiculez!
—No le dejaba un momento; pero el poeta novel llamóse andana; hubo lenguas que en teatros y cafés, dijeron mil perrerías... se dijo... yo no sé qué.
—¡Fresco está el pobre consorte!
—¡Compadezco al de Jerez!"

III.

—"¿Conocen ustedes uno alto, flaco; un si es no es canoso, que gasta frac azul, chaleco piqué, guantes color de manteca, gran cadena de *double* y unos quevedos atroces grandes como el redondel de la plaza de los toros?...
—¿Que parece un portugués segun lo grave y finchado?
—Sí.—Que se suele poner junto al director de orquesta en el teatro de Orien....
—Sí, sí.—No diga usted mas; si mas conocido es que la ruda.—Yo su nombre ignoro.—Bartolomé de los Alcáceres; antes era Alcázar solo.—Eh? ¿qué tal el mozo? ¿se esplica?
—Pues le han hecho la merced de una encomienda.—Y qué méritos son los suyos para ser comendador?—Los ignoro; lo que solamente sé es, que en un pronunciamiento charló él solo mas que diez, y gracias á sus pulmones fué gefe de un comité. Luego de su patriotismo haciendo alarde, crecer se le vió como la espuma; vino á la corte despues, y adulando, y arrastrándose á las plantas del poder ahora dice que es de hombres sabios y de buena fé rectificar opiniones y mudar de parecer.
—De manera que ya olvida su procedencia?—Eso es. El pobre tiene unos humos y unas infulas!... se cree que ahora piensa titular y convertirse en marqués.
—Pues buen provecho le haga.
—Eso digo yo tambien; pero hay cosas que me irritan. Suponed, señores, que....
—Qué?—Yo no sé si lo diga....
—Pues ¿qué es ello?—Lo diré. El señor de quien se trata, á pesar de su altivez, segun dicen malas lenguas, es hijo de un cordobés, que en Córdoba el cordoban zurraba, para comer.
—¡Já, já! Vaya un caballero!
—¡Hay ya tantos como él!"

IV.

—"Mañana dá la condesa un baile, ¿quién viene, quién?
—Yo no.—Ni yo.—Yo tampoco.
—Si su casa es un burdel!

—De veras?—Como lo digo.
Vá una gente tan soez!
Mejor que el ir á su casa
iré á un baile en Lavapiés.
—Pues cómo tolera eso
señora de tanta prez?
—Qué prez, ni qué diantres, hombre!
—Es pobre?—Donde caer
muerta no tiene siquiera;
pero es tonta, y venga bien
ó venga mal, en su casa
quiere dar y sostener
recepciones, bailes y otros
escesos.—Rara sandez!
—Como tiene á las tres hijas
en edad de merecer....
—Si no hay dote, será en vano
que astuta tienda la red.
—Pues es claro; en este siglo
de ilustracion y saber,
no hay pergamino que valga
tres ochavos; que me den
buenos billetes de banco
y al punto renunciaré
mis escudos y mi árbol
genealógico.—Ya el rey
del mundo, solo es el oro.
—¿Y en qué tiempo no lo fué?"

V.

—"Son las doce, y me retiro.
—Tan pronto nos deja usted?
—Cuando ya todos se fueron
no es justo que yo me esté.
—Como usted guste, don Cándido.
¿Vendrá por aquí otra vez?
—En ello tendré, señora,
un verdadero placer.
—Siempre usted viene á su casa.
¿Qué le ha parecido?...—Quién?
—Nuestra tertulia.—Muy buena
y escogida.—Ya se vé;
todos son de confianza
y á todos los quiero bien.
Aquella jóven tan guapa
del vestido de chiné
es una pobre... algo sosa,
eso sí; mas la cruel
de su madre, la que estubo
junto á mí tomando el té....
—Y el señor de los bigotes
canosos?—Faccioso fué.
—Es lástima; y aquel otro
jóven, pálido....—Ese es
todo un literato.—Ola!
—Tiene chispa, escribe bien;
pero es tan desaplicado!...
nunca le he visto cojer
un libro.—Pues escribir
sin estudiar, yo no sé...
—Tendrá ciencia infusa.—Puede.
¿Y el otro jóven, aquel?...
—Es novio de la rubita
del abrigo de glasé
que estaba enfrente de mí.
—Al punto lo adiviné.
—Claro está, se ponen juntos
pegados á la pared,
y en tratándose de amores

dicen: "aquí nos las den."
—Cosas del mundo, señora.
—Pero es muy feo....—Sí es.
Vaya, Andrés, adios; Juanita....
estoy á los pies de usted.
—Hasta mañana. ¡Muchacha!
Alumbra.—Gracias, se vé."

VI.

—"Así se rompa una pierna!
—Juana, no seas cruel!
—Has visto un hombre mas posma?
¡Gracias á Dios que se fué!
—Siempre has de estar murmurando.
—Pues no, que tú... miren el...
—Pero, Juana, si ya pasa
de castaño...—Mira, Andrés;
mas vale que en derredor
alguna vuelta te des
y entonces verás tus faltas
que no son pocas.—Mujer,
tienes un genio endiablado!
—Y tú?... pues si yo no sé
como hay quien pueda sufrirte;
siempre estás gruñendo; es
la costumbre de tu madre.
—Deja á mi madre, mujer;
la pobre está en la otra vida...
—Muy bien está donde fué.
—Juana! ya me vas cargando.
—No me lo digas, infiel;
ya sé que estás fastidiado
y que no me puedes ver."

VII.

Despues de soltar la esposa
una cox, cincuenta, cien,
el esposo los estrivos
pierde, le sale á la piel
el carmin de la vergüenza
y la cólera; se cree
herido en su orgullo; intenta
sus derechos sostener;
dá una puñada en la mesa
y al suelo viene el quinqué;
se mancha la alfombra; grita
doña Juana su mujer;
ladra el perro; bufa el gato;
el loro dice á su vez:
¡ay qué regalo! ¡ay-ay-ay!
los criados en tropel
acuden luego solícitos
creyendo que empieza á arder
la casa; en tanto el sereno
pasa cantando *las tres*
y los vecinos de al lado
dan golpes en la pared:
Truenos, granizos, relámpagos,
Juana chillá, ruge Andrés,
mientras que yo, desvelado,
reniego de ella y de él
y al cielo, en ruego ferviente
le pido lleno de fé,
que de sus lenguas me libre
por siempre jamás, amen.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

A OTRO CAN CON ESE HUESO.

LETRILLA.

Al que me diga:
 "no quiero empleos,
 "aunque recursos
 "apenas tengo,
 "porque la patria
 "es lo primero,
 "y yo no gravo
 "los presupuestos;"
 yo le diría,
 no me hable de esto;
 vaya á otros canes
 con ese hueso.

Viuda que lleva
 su negro velo;
 pero que ostenta
 por el paseo
 su bello rostro,
 su talle esbelto,
 asegurando
 que su deseo
 es llevar siempre
 su velo negro,
 vaya á otros canes
 con ese hueso.

El que se piensa
 que voy subiendo
 y me atosiga
 con cumplimientos,
 haciendo alarde
 de sus obsequios;
 y cuando llegan
 los malos tiempos
 tórnase adusto,
 me esquivo el cuerpo....
 vaya á otros canes
 con ese hueso.

Al que blasona
 de juicio recto,
 y marcha siempre
 tieso que tieso,
 mirando á todos
 con menosprecio,
 cuando se sabe
 que es un mastuerzo...
 yo le diría:
 bien te comprendo,
 vete á otros canes
 con ese hueso.

A las muchachas
 que al jubileo

quieren ir solas
 en todos tiempos,
 pues se distraen
 solas no yendo,
 y yendo solas
 hacen sus rezos;
 yo les diría:
 mamáme el dedo;
 id á otros canes
 con ese hueso.

El que asegure
 que suegras, yernos,
 nueras, cuñados,
 padrastrós fieros,
 tutores pécoras,
 pupilos diestrós,
 desavenencias
 nunca tuvieron,
 viviendo todos
 bajo de un techo...
 vaya á otros canes
 con ese hueso.

Muger que tiene
 cónyuge honesto,
 (pues con ser pobre
 ya lo es de hecho);
 si ella celosa
 le dá tormento
 y él la sacude
 cuatro voleos,
 que no me venga
 llorando luego.
 Vaya á otros canes
 con ese hueso.

El prestamista
 que en poco tiempo
 compró tres casas,
 viñas y un huerto,
 y á todo el mundo
 le vá diciendo
 que nunca ha sido
 cruel usurero;
 yo le diría:
 ¡calla, perverso!
 Vete á otros canes
 con ese hueso.

MAXIMIANO CARRILLO DE ALBORNOZ

¿QUÉ ME IMPORTA?

LETRILLA.

Que el pollo presumido
 que vá por el paseo,
 se juzgue ya un Cupido,
 (de orgullo estando feo),

y sábio, aunque es borrico,
 tan solo porque es rico
 y tiene tilburí....
 me importa poco á mí.

Que á todos tenga en jaque
 aquella semi-abuela,
 que lleva un miriñaque
 con dos piezas de tela,
 y luce cien postizos
 de dientes y de rizos
 y joyas de rubí....
 me importa poco á mí.

Que sin saber la f
 (no siempre ha de ser a)
 critique un mequetrefe
 á todo el mundo ya,
 mostrando en sus borrones
 sus malas intenciones,
 su ingenio baladí....
 me importa poco á mí.

Que aquel impertinente
 en tono campanudo
 blasone de valiente,
 se quiera comer crudo
 á todo ser humano
 humilde, que á la mano
 encuentre por ahí....
 me importa poco á mí.

Que aquel á quien fortuna
 amiga le sonría,
 olvide ya su cuna
 y necio se me engria,
 tal vez no recordando
 que de hambre bostezando
 un día yo le ví....
 me importa poco á mí

Que todo un estantigua,
 como hay muchos que noto,
 teniendo muy exigua
 piedad, se haga el devoto,
 y finja santa calma
 mientras le punza el alma
 soberbio frenesí....
 me importa poco á mí....

Que nulas medianías
 se vayan encumbrando,
 y luego, en sus porfias,
 cayendo y tropezando,
 demuestren al momento
 que tiene mas talento
 un pobre maniquí,
 me importa poco á mí.

Que algun lector severo
se venga en este instante
pidiéndome de Homero
la lira resonante,
sin ver que es muy sencilla
y humilde esta letrilla
que á escape yo escribí,
me importa poco á mí.

Que yo generalice
mi tema, y vaya andando,
y acaso me deslice,
del mundo recordando
la pérfa impostura,
y venga la censura
diciéndome: ¡alto ahí!
me importa mucho á mí.
MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

A UN RUISEÑOR.

Ruiseñor, si andar errante
te dejo, es por un instante,
nada mas.
Y en viendo á tus compañeros
volar como tú ligeros,
volverás.

Oh cuán bellas son tus galas,
y tus plumas, y tus alas
de color!
Vuela, vuela presuroso,
para venir pronto hermoso,
con rumor.

Mas si alguna florecilla
encarnada ó amarilla
te embelesa,
con tu bello pico de oro,
ruiseñor, que es un tesoro,
baja y besa.

Ruiseñor, no te enamores
de emparrados ni de flores:
te lo ruego.
Porque yo deseo ansiosa
oir tu voz melodiosa;
ven, oh luego!

Mas la noche va llegando,
y tú, ruiseñor, volando
todavía.
Tal vez te habrá enamorado
algun árbol ó emparrado,
vida mia.

Ven, no tardes, ruiseñor,
que la noche con pavor
se apresura.
Ya sabes que en tí cifré
mi porvenir y mi fé,
mi ventura.

Mas ¡ay! la noche ya vino
y tú, ruiseñor, divino,
no has venido.

¿Por qué de mí te alejaste
si mi corazón dejaste
dolorido?

¡Ah! mi gemir compadece,
vé que mi dolor acrece
por tí, infiel,
Y mi corazón desgarrar
ya del martirio la garra,
harto cruel.

¿No comprendes que es horrible
el desgarrar mi sensible
corazón,
cuando en tí cifró su anhelo,
su porvenir, su consuelo,
su ilusión?

¡Oh cuán inconstante fuiste
cuando de mi lado huiste,
sin pensar
que me agradó tu presencia,
y me matará tu ausencia
de pesar.

Si aun me amas, en tu seno
vuela á estrecharme sereno,
con afán.
Por piedad, no sea tarde,
porque ya en el mio arde
cruel volcán.

ENCUENTRO DEL RUISEÑOR.

Ruiseñor, te vuelvo á hallar
cansada de suspirar;
¡qué ventura!
Oíste mi triste acento
y vienes á darme aliento
de ternura.

Si me amabas cual decías
¿por qué de mi lado huías,
ruiseñor?
¿No pensabas, dulce encanto,
en mi inconsolable llanto
y mi dolor?

¿Pues no sabes que sin tí
todo este tiempo viví
con tristeza:
que me faltaba aspirar
tu aliento, con tu cantar
de pureza?

Pero tal vez mi despecho,
ruiseñor, llegó á tu pecho,
y dijiste:
"Voy á escuchar su querella
"que se muere esa doncella,
y es muy triste."

"En mí puso su ambición
"y le agosta el corazón
"esta ausencia.
"Voy á volar anhelante,
"á estrecharla delirante
"con vehemencia."

"Sí, volaré con anhelo,
"porque le aplaque mi vuelo

su dolor;
"Voy á volar presuroso,
"á estrecharla cariñoso
"con amor."

Cuando para aquí venías
dime, ¿de veras no oías,
ruiseñor,
los ayes de esta doncella,
apagados por la huella
del dolor?

¡Oh, no te ausentes jamás,
porque la muerte me das
con tu ausencia!
No te alejes de este prado,
no turbes dueño adorado
mi inocencia.

¡Oh ruiseñor! te suplico
que poses tu hermoso pico
en mi frente;
y lo pasado olvidemos,
y olvidando, gozaremos
lo presente.

PEREGRINA DEL REAL DE MÁNTARA.

A LAURA.

Allá en la selva lejana
linda, pura, seductora,
esquiva rosa temprana
al despuntar la mañana
su carmin roba á la aurora.

Junto á la escondida fuente
se mece en su tallo erguida,
delicada, transparente;
á los campos dando vida,
dando aromas al ambiente.

Y en vano quiere modesta
ocultar su dulce estancia,
poniendo tan gran distancia
desde el bosque á la floresta,
si le vende su fragancia.

Amor de los ruiseñores,
dicha de las mariposas
y afán de los trovadores,
dá envidia á las otras rosas
y humilla á todas las flores.

Tal, ay Laura, tu hermosura
brilla sin rival ufana,
pues tu beldad soberana
eclipsa la donosura
de la rosa mas galana.

Que es tu talle delicado,
tu blando mirar hechiza,
y es mas pura tu sonrisa
que del abril perfumado
la dulce y fragante brisa.

Mas ah infelice
rosa hechicera!
cuán pasagera
fué tu beldad!
Secó tu cáliz

ábrego impío,
postró el estío
tu vanidad.

Ya no te cercan
tan obsequiosas
las mariposas
lindas de ayer.
Marchita y sola
llena de angustias,
tus hojas místicas

miras caer.

Hoy, Laura hermosa,
brillas ufana,
como la rosa
en el pensil.
May ay, trocado
verás mañana
en triste otoño
tu alegre abril!

No fies, Laura,
en tus encantos,
luz fugitiva,
feble ilusión.
Ah! la belleza
que mas cautiva
es la pureza
del corazón.

JOSÉ DE PABLO BLANCO.

PRESENTIMIENTOS.

TRADICION.

I.

En la risueña y poética campiña de la ciudad de Nápoles, y en uno de sus puntos mas pintorescos, existia á fines del siglo pasado una blanca y humilde casa.

Una tarde, era ya la puesta del sol, un jóven escultor se hallaba sentado á su puerta, trabajando en una estatua, próxima á concluir.

El sol hundia su frente en el ocaso recogiendo uno por uno sus rayos, y poco despues solo quedaba un ligero resplandor que coloreaba débilmente el horizonte.

El jóven suspendió el trabajo hasta el dia siguiente, descubrióse con religiosidad, y rezó por lo bajo una oracion. Al terminarla, dos gruesas lágrimas, que se apresuró á ocultar, rodaron por sus mejillas, viéndose de pronto sorprendido por una persona que no aguardaba.

Era esta una niña que comenzaba la primavera de su vida, hermosa en extremo, y cuyo dulce mirar y rostro angelical decian bien á las claras la candidez de su alma. Vestia con airosa soltura el gracioso traje de las campesinas napolitanas, y en su mano derecha llevaba un precioso ramillete de flores á cual mas bellas y caprichosas.

—Buenas noches, Pietro, dijo con ternura al escultor.

—Que Dios te bendiga, mi buena Virginia, contestó él.

La jóven le miró al rostro, le vió triste, sus ojos humedecidos, la vista en el suelo, y exclamó:

—Pietro, Pietro, tú estás triste, tú has llorado... qué tienes? Nunca has ocultado nada á tu buena Virginia...

Pietro sin escucharla casi, murmuró para sí:

—Un año! un año!... madre mia de mi corazón!...

La jóven tomó asiento junto al escultor, y rodeándole el cuello con sus torneados brazos, le dijo con acento cariñoso:

—Verdad, Pietro, verdad que es muy triste perder el cariño de una madre?—¡Vale tanto una madre!...—Como tú perdí la mia, y como tú soy huérfana tambien hace ya dos años. ¡Dos años, en los que ignoro cuál habria sido mi suerte sin el

apoyo y sin el cariño de mi buen hermano Michelo!...

El jóven la miró, y comprendiéndole ella, añadió:

—Y sin tu amor, mi adorado Pietro:

—Quedábase á tí un hermano, Virginia, mientras que á mí...

—Eres injusto, sí, muy injusto con nosotros.

¿Y Michelo, y yo, tu esposa... futura?

Pietro salió de su abatimiento, besó á Virginia con alegría en la frente, y la estrechó contra su corazón.

—Oh! sí, dijo: hoy hace un año que á esta misma hora entregó su alma á Dios mi santa y querida madre; hoy hace un año que me encargó al espirar te hiciera mi esposa, y lo serás, Virginia, lo serás muy pronto; y tú, y nuestro buen Michelo, los tres, viviremos en esta casita, bajo cuyo techo nací, y bajo cuyo techo tambien comenzaron y concluyeron los dias de mis padres.

Al pronunciar estas palabras, Pietro quedó inmóvil, su rostro se puso pálido, y sus ojos parecian espantados.

La lechuza habia lanzado un agudo chirrido.

—¡Maldita! ¡ay! ¡maldita!... exclamó. Cada vez que oigo sus chirridos se me estremece el alma, mi corazón quiere abandonar su sitio, una fiebre ardiente se apodera de mi cerebro, y tiembla mi cuerpo como tiemblan las ramas que agita el huracán... ¡Tengo miedo, tengo miedo de esa ave maldita!

Una noche, Virginia, cantó como canta ahora, en ese mismo árbol, y ocho dias despues, mi adorada madre dejaba un huérfano en el mundo. Todas las noches canta en ese árbol, junto á mi ventana....

Además, anoche, tuve entre sueños una aparicion horrible, muy horrible: ví ante mis ojos abiertas dos sepulturas, y un hombre de aspecto sombrío, misterioso, vestido de negro, de pié al borde de la fosa; y la lechuza allí, cantando como ahora. ¡Oh! el corazón me dice que alguna desgracia pesa sobre mí.

—Tú sueñas, buen Pietro, te engañas; interrumpió la jóven.

—Ojalá Virginia; pero temo que nuestra felicidad se turbe.

—Te engañas, Pietro; Dios no puede querer que muera nuestra dicha.

Virginia estaba hecha un mar de lágrimas, y el pobre Pietro temblaba de terror.

La lechuza alzó su vuelo, y se perdió en la oscuridad.

II.

Al día siguiente, y á la misma hora del anterior Pietro suspendía su trabajo.

Sin saber cómo ni por donde, un desconocido se le presentó.

Iba vestido de negro.

—Buenas noches, Pietro Bembo, le dijo.

—Muy buenas, le contestó este, ¿qué me queréis?

—Os necesito.

—Perdonad: en este momento no podría haceros una estatua de una pulgada.

—Os necesito, Pietro, y aun cuando tuviera que pagaros adelantado el importe de diez años, sería preciso que lo abandonárais todo.

—Tanta prisa os corre?

—Mucha.

—¿Qué queréis, pues?

—Necesito un grupo, que represente un joven desconsolado, llorando al pie del lecho mortuario de su amada: os doy cuatro meses de tiempo. Tomad diez mil coronas, importe adelantado de vuestro trabajo.

—Esperad, repuso Pietro, me es imposible en tan corto tiempo.

El desconocido movió la cabeza en ademán imperioso, y dijo:

—Tomad los bocetos.

Y trazó en la pared dos figuras, tan perfectas y tan bellas por la valentía de sus contornos y de sus líneas, que Pietro se quedó asombrado é inmóvil.

El escultor, despues de mirar atentamente los bocetos, dijo al desconocido:

—No me atrevo: faltan las cabezas á esos bocetos, y temo echarlos á perder añadiendo mis ideas. ¿Teneis la bondad de trazármelas tambien?

—Dentro de cuatro meses.—Adios.

Y el desconocido desapareció.

Pietro no volvía de su sorpresa, y se perdía en mil conjeturas acerca del misterioso personaje; pero poco á poco se fué recobrando, al considerar que Virginia iba á ser suya, que los deseos de su madre se iban á cumplir.

Al otro día se puso á trabajar sobre el grupo; pero cuantas veces ensayó copiarle, otras tantas conoció la insuficiencia de sus fuerzas.

El poder creador le habia abandonado.

Era imposible sacar la obra con perfeccion, y se pasaron en ensayos inútiles los tres primeros meses del tiempo fijado, sin que Pietro comenzara su trabajo.

III.

Al terminar el tercer mes, Pietro pudo emprender su trabajo, con mucha alegría por su triunfo. Pero bien pronto tornó á su sombría melancolía.

El ser á quien mas amaba en el mundo, Virginia, con quien iba á unir su suerte muy pronto, cayó gravemente enferma; y Pietro, no queriendo separarse de su amada ni un momento durante el pe-

ligro, trasladó su taller á casa de su novia, y siguió con ardor trabajando día y noche, hasta el punto de sorprenderle el amanecer alumbrado por los rayos de su lámpara.

El último día del tiempo fijado, el grupo se vió terminado, y por la noche Pietro fué á velar á su pobre Virginia, cuya gravedad habia llegado al estremo.

Una lamparilla, colocada ante una imagen de la Virgen de los Dolores alumbraba con luz débil y agonizante la habitacion en que Virginia se encontraba, y un suave vientecillo se movía, jugueteando con las blancas cortinas de la ventana.

Pietro se hallaba arrodillado á los pies del lecho, llorando sin consuelo por el estado tristísimo de su amada; pero su desesperacion llegó al colmo viendo morir entre sus brazos en aquella misma noche á su mas bella flor de esperanza, á su mas dulce ilusion. ¡Virginia!

Agobiado bajo el peso de su dolor, Pietro tendió vagamente sus miradas por la estancia, y de pronto un terror convulsivo se apoderó de él.

La pared en que refleja su sombra con la del lecho de Virginia presenta la mas perfecta semejanza con el grupo que le encargó el desconocido, y cae privado de sentido, exclamando:

—Bien me lo decía el corazon! ¡una gran desgracia! ¡dos sepulturas! ¡el hombre negro!..... ¡Si, si..... y la lechuza tambien cantando!..... ¡Bien me lo decía el corazon!

En aquel instante, la lechuza lanzaba un horrible y agudo chirrido.

IV.

Algunos dias despues de la malograda muerte de Virginia, el pobre, el buen Michelo se dirigió á casa de Pietro, y llamó á la puerta de su taller.

Pero Pietro no le contestó.

Volvió á llamar por segunda y tercera vez y tampoco obtuvo respuesta.

Alarmado por aquel silencio, forzó la puerta, y la abrió.

Al entrar, retrocedió algunos pasos, y lleno de sorpresa y de terror se quedó inmóvil, contemplando el cuadro triste y horrible que se ofrecia á sus ojos.

El cadáver de Pietro yacía anegado en su sangre al pie de un grupo recién acabado y sublimemente expresivo; y al reparar en él Michelo dió un grito de dolor, reconociendo las figuras de Pietro y de su hermana.

Sobre una mesa, en donde ardía una lamparilla, habia un papel.

—Dios mio, perdon! (decia:) voy á morir, voy á abandonar una vida que aborrezco.

—¡Que mi alma vuele al lado de mis padres y de mi amada!

—Michelo, adios: corro á unirme en el cielo con tu hermana, ya que en el mundo se opuso el destino.

—No quiero vivir sin ella. ¡Perdon, Dios mio! perdon!

"En nombre de mi amor á Virginia, en nombre de la amistad que nos une, Michelo, cumple mis últimos deseos. Quiero que me des sepultura junto á Virginia, á la puerta de mi casa; quiero, por último, que coloques sobre mi tumba el monumento, de triste memoria, que he terminado para adornarla.

"Adios: ruega á la Madona por mí!—PIETTRO."

Sus deseos fueron cumplidos; y su sepulcro, colocado á la puerta de su casa, fué visitado largo tiempo por los curiosos.

Por espacio de treinta años, dícese que un hombre, sombrío y vestido de negro, visitaba diariamente aquel sepulcro.

Era el desconocido que se apareció á Piettro encargándole el grupo tristísimo, que luego adornó su tumba.

La tradicion nada cuenta sobre tan raro personaje, en cuyo misterio está fundado el de esta historia.

El hombre nació con una estrella que se llama el destino, para unos brillante, opaca para otros.

Desgraciados los segundos!

SERAFIN CANOVAS DEL CASTILLO.

DE LA MUERTE A LA VIDA.

Sentado delante de una mesa llena de libros y papeles; apoyada la frente en la una mano y con una pluma en la otra que permanece ociosa cual si no tuviese vida; hay un hombre medio envuelto entre las sombras de una oscura y pobre y sucia habitación. A su lado, y con las cuerdas rotas, divísase confusamente el brillo de una lira de oro. En otros tiempos, el hombre que medita ó que duerme en la desesperada actitud que ahora le vemos, solía pulsar alegremente las cuerdas de aquella lira. Hoy el hombre y la lira permanecen mudos, y la tristeza de la muerte reina en aquella estancia.

De repente se oye el leve roce de la puerta al jirar sobre sus goznes, y en su dintel aparece una figura hermosa. Es un mensajero del cielo; es el Angel de la Guarda que Dios envía para llevar consuelos al corazón de un desgraciado.

EL ANGEL.

(Acercándose y llamando con voz suave.)

—Poeta!

EL POETA.

(Dormido aparta de sus sienes los sedosos cabellos y murmura con abatimiento.)

—No puedo mas.....

EL ANGEL.

—Poeta! No respondes? Murmuras? Qué es eso! Es que deliras? ó acaso vagan por tu mente sueños de amor! A ver..... escuchemos.....

EL POETA.

(Con creciente angustia.)

—No, no puedo mas! Esto es morir....! Mi corazón se rompe en mil pedazos, y el alma cansada de luchar en vano, se cierra á la esperanza..... Dios de Abrahan! Dónde está ese destello divino que envías al seno de tus criaturas! Qué es la inmortalidad! Dónde está impresa, si mi alma se siente languidecer y morir! Hubo un tiempo que entre sueños de oro, mi vida corría tranquila como las cristalinas aguas del arroyuelo: mis deseos entonces eran puros como el cielo en día de primavera: mis goces inocentes como la sonrisa de un serafín. La apacibilidad de aquellas horas solo es comparable á la rapidez con que pasaron.... Pasaron! ay! Qué es lo que no pasa y muere y se consume de todo lo creado!

UNA VOZ.

—La fatalidad.

EL ANGEL.

—Dios y su esencia.

EL POETA.

—La fatalidad! Sí, bien puede ser.... Dios! También lo creo..... Su esencia..... Cuál es su esencia.....?

EL ANGEL.

—Su esencia es tu alma, es el destello divino que el Supremo Poder envía al seno de todas sus criaturas. El, como su origen, es incorruptible é imperecedero.

EL POETA.

(Se lleva sus dos manos á la frente: palpa su pecho con gozo: una sonrisa apacible vaga en sus labios; y esclama con acento mas tranquilo.)

—Incorruptible! imperecedero! Oh! Esas palabras caen sobre mi alma como en campo sembrado cae el rocío bienhechor.... Y es verdad! no es así? es verdad que en mi ser arde ese destello divino que nunca se ha de apagar! Decidme, oh! decidme, hablad! Hace tanto tiempo que mi alma no recibe consuelos de nadie! hace tanto tiempo que vive en la horfandad y en el aislamiento mas completos.....!

EL ANGEL.

—Segun eso, tu alma no ha encontrado aun en la tierra su alma gemela?

EL POETA.

(Con nuevo y súbito abatimiento.)

—Ay! No!

(Una sombra medio fantástica, medio real, pero que semeja el cuerpo de una mujer, cruza por el espacio. El poeta se estremece.)

EL ANGEL.

—Por qué no pulsas tu lira, poeta? El mundo está lleno de armonías..... mejor dicho, el mundo se compone de armonías. Pulsa tu lira, poeta, pulsa tu lira; que sus acentos, ora sean quejumbrosos y tristes, ora apacibles y suaves, ora alegres y ruidosos, no dejarán de encontrar eco en la tierra.....

EL POETA.

—Ay! Así lo creía también yo y me lancé con sin igual entusiasmo entre el torbellino de las ciudades. En un principio las cuerdas de mi lira dejaron oír por todas partes sus acentos suaves: daba gozo el oírlos, daba gozo..... y sin embargo, nadie se paraba á escuchar. Tan impía indiferencia me lastimó el corazón. Los acordes de mi lira, de apacibles que eran, tornáronse en lastimeros: daba tristeza el oírlos, daba tristeza..... y sin embargo, el mundo no se paraba á escuchar. El ruido de las ciudades ahogaba los acentos de mi lira..... Entonces pensé que debería mudar de tono, y echando las penas á un lado cambié mi lira de sonidos suaves por otra cuyos acordes alegres atronaban el espacio. Mas hay! tampoco el mundo me oía, y las cuerdas de mi nueva lira, gastadas y roncadas, saltaron en mil pedazos.

EL ANGEL.

—Acaso te cansaste pronto. Acaso te faltó constancia. El mundo es grande, poeta.

EL POETA.

—El mundo es una miseria.

EL ANGEL.

—Aun reina en él el sentimiento.

EL POETA.

—En él no reina mas que el materialismo.

UNA VOZ.

—Dí mas bien la fatalidad.

EL ANGEL.

—No tienes fé, poeta?

EL POETA.

—Fé! Sí.... recuerdo que la tuve mientras duraron aquellos tiempos de vida tranquila, de gozes inocentes, de purísimos deseos. Mas tarde... mas tarde también, cuando mi mente estaba llena con una imagen y mi corazón rebosaba de esperanza. Luego....

UNA VOZ.

(Con ansiedad.)

—Luego qué? Acaba....

EL POETA.

(Conmovido al eco de aquella voz y con la suya temblorosa.)

—Luego vinieron los desengaños.... Donde yo había soñado encontrar tesoros de cariño,

ABRIL.

tan solo hallé el vacío y la indiferencia.

UNA VOZ.

(Con desesperación.)

—Calla! Calla! Eso no es cierto!

EL POETA.

(Sin apercibirse de estas palabras continúa con creciente abatimiento.)

—Y era que el corazón de la mujer que amaba se había aleccionado con el materialismo del mundo... esa ponzoña que seca y mata el germen del sentimiento.

UNA VOZ.

—Ay!

EL ANGEL.

—Acaso te equivocaste, poeta. La mujer á quien amabas tenía un corazón hermoso.

EL POETA.

—Era de hielo.

EL ANGEL.

—Ella te amaba....

EL POETA.

—Oh....!

EL ANGEL.

—Ella te amaba, poeta; y su amor era grande como su alma, inmenso como su sufrimiento, infinito como Dios. Figúrate si te amaría cuando por tí dejó el mundo donde tenía unos padres que la adoraban.

EL POETA.

—Oh! No. Yo me acerqué mil veces á sus rejas con mi lira de oro; mis cántigas eran apasionadas: hasta las piedras se conmovían al oírlas; y la mujer á quien amaba jamás se asomó á escuchar.

EL ANGEL.

—Quizás no fuese por falta de deseos, pues aunque las rejas de su casa estaban tapiadas, ella te oía, poeta; ella te oía con los oídos del alma, y su corazón se estremecía! Figúrate su sufrimiento cuando escuchándote moría de amor por tí.

EL POETA.

—Es eso cierto....!

UNA VOZ.

—Sí.

EL POETA.

(Se incorpora: hace un esfuerzo supremo como para asirse de algun objeto que se le representa, y no pudiéndolo conseguir cae de nuevo desfallecido sobre la silla. Despues esclama.)

—Oh....! Esa palabra....! Dios mio, y cual resuena en mi corazón! A juzgar por los latidos de este, diríase, que vuelve á la vida.... Mas... no es un sueño todo esto?... no es un

sueño...? Si yo escuchase otra vez aquella voz...

EL ANGEL.

—Poeta! La voz que has escuchado es la voz de la verdad! Si tienes fé aun resonará en tus oídos otra vez y otras ciento. Crees en la inmortalidad de tu alma.

EL POETA.

—Sí.

EL ANGEL.

—Crees en la protección del cielo?

EL POETA.

—Sí.

EL ANGEL.

—Crees en la omnipotencia de Dios?

EL POETA.

—Sí, oh! sí.

EL ANGEL.

Pues sígueme, poeta, sígueme, á la morada de gloria; que en ella te espera la mujer que amaste en la tierra!

(El ángel desplega sus alas de deslumbrantes colores: la estancia del poeta se inunda de resplandor: torrentes de armonía descienden de las alturas; y el espíritu del poeta se remonta al cielo en medio de un coro de serafines.)

Una sombra medio fantástica, medio real, pero que semeja el cuerpo de una mujer, sigue sus huellas.)

P. M. DE MOROY.

BALADA.

A MI QUERIDA MADRE.

LAS SIEMPREVIVAS.

I.

La primavera viste su túnica de cien colores.
Las aves gorgoran en los bosques de esmeraldas.
El cielo tiende sus crespones blancos y flotantes.
El céfiro juguetea en el cáliz de las flores.
Las fuentes bullidoras unen su murmullo al eco de los espacios.

II.

Es de noche.
Las estrellas envían sus destellos á las dormidas plantas.
La pálida luna se contempla en el inmenso espejo de los mares.
El ave reposa en su lecho de hojas.
Todo calla.
Solo un ruiseñor responde á los suspiros del aura, con trinos melancólicos.
El ruiseñor suspende sus armónicos gemidos al escuchar un ligero rumor bajo su aérea morada.

¿Quién interrumpe el silencio de la noche?
¿Es algún ave estrangera que perdió su nido?
¿Es el ángel de la soledad que viene á reclinarse en la corola de algún lirio?
¿Es el alma de alguna vírgen que vaga sin reposo á los rayos de la luna?

No.

No es el ave.

No es el ángel.

No es el alma.

Las aves reposan dulcemente.

Los ángeles se aduermen en su lecho de brumas.

Las almas suspiran en sus tumbas conversando con los sauces.

¿Quién causa, pues, el misterioso rumor?

Ormisinda.

Ormisinda, la doncella de las lilas.

La vírgen del blanco traje y el celeste cinturón, se adelanta suavemente.

Es esbelta como los juncos del lago.

Su pié de hada se posa sin ruido en el césped que lo besa.

Su cabello de oro rueda en ondulante cascada por sus hombros de nácar.

Sus ojos azules, rasgados y brillantes, roban su fulgor á las estrellas del cielo.

Su boca purpurina, es semejante á la flor del granado salpicada de rocío.

Si sonríe, las flores se balancean en sus flexibles ramas: la luna envía torrentes de luz: los árboles se mecen suspirantes, y el ruiseñor llena el bosque de magnéticos gorgoros.

Pero en esta noche las flores se inclinan en lánguido desmayo.

La luna se nubla envuelta entre celages.

Los árboles enmudecen, y el ruiseñor calla porque Ormisinda llora...

III.

Ormisinda ha tomado asiento bajo un bosquecillo de lilas, y las pálidas flores se inclinan para recoger alguna perla de sus ojos.

¡Pobre niña del blanco traje y del dorado cabello!

Ormisinda ama á Ludovico, y Ludovico vá á partir.

¡Pobre niña del talle gentil y los ojos de zafiro!

Ormisinda viene á dar el último adiós bajo las lilas, al apuesto guerrero.

La vírgen del celeste cinturón suspira, y otro suspiro responde al suyo.

Levanta su mirada, y otra mirada la inunda de luz.

Tiende su mano de marfil, y otra mano de tostado color la estrecha con amor.

Es Ludovico.

Ludovico el gentil, el de los ojos de intensa mirada: el de los negros y rizados cabellos: el de pálido color y rojos labios: el de talle apuesto y seductora sonrisa: el de varonil y cadencioso acento: el iris de los amores y el rayo de los combates.

Los jóvenes hablan y el ruiseñor suspira.

REVISTA DE MADRID.

MES DE MARZO.

SUMARIO.—Carnaval.—Cuadrillas postulantes.—Bona gratificación.—Disfraces de SS. AA. RR.—Hombres-mujeres.—Una conquista.—Miércoles de Ceniza.—Entierro de la Sardina.—Lluvia de violetas.—Teatros.—Pérdidas irreparables.—Conciertos.—Juegos florales.—Un libro.

El Carnaval ha estado tan brillante y animado como hacía muchos años no se había visto en Madrid: bien es verdad que la careta parecía traer consigo casi siempre un diluvio de agua y por esta vez ha traído un hermoso y brillante sol y un ambiente templado y delicioso, pues todos han convenido en que la repentina tronada é inesperado chubasco que descargó el tercer día fué una broma del cielo que contribuyó á hacer mas alegre y bullicioso el Carnaval.

Nada mas pintoresco, mas risueño que el aspecto que ofrecía el Prado durante los tres dias y el Miércoles de Ceniza: por todas partes músicas; comparsas, gritos y carcajadas, lucidas cabalgatas enmascaradas, carrozas lujosamente cubiertas y llenas de máscaras que arrojaban flores y dulces sobre los demás coches llenos de elegantes damas.

Las cuadrillas postulantes cuyo número ha ascendido á 282, han tocado sus instrumentos bajo los balcones de la habitación de S. M. la reina, quien las ha gratificado con la suma de 22.248 rs.

SS. MM. pasearon todos los dias, llevando á sus augustos hijos vestidos de máscara: en la tarde del Domingo vestían de manolos; en la del Lunes los trages gallegos que les fueron regalados en su último viage, y en la del Mártes lucieron trages asturianos.

Existe aquí en el sexo fuerte una marcada predilección á vestirse con el traje del nuestro; pero en honor de la verdad hay que conceder que le lleva con mucha gracia y propiedad: muchas veces se vé una elegante dama, de elevada estatura y magníficas formas, ataviada con un lujoso traje y sin tener otra cosa de máscara que la careta: de estas hay quien elije traje de baile, y es imposible imaginar una coquetería mas natural y graciosa que la que respiran el aire y los modales de estas matronas.

Así, no pocas veces han dado chascos pesados á muchos jóvenes, sobre todo á los que acaban de llegar de su provincia.

A propósito de estos chascos, ha ocurrido uno durante el Carnaval á tres calaveras manchegos, tanto mas gracioso, cuanto que ellos se tenían por unos verdaderos *liones*, y eran mirados en Madrid como una escepcion, entre todos los jóvenes que acababan de llegar de sus provincias á pasar en la corte los dias de Carnaval, á causa de su viveza, natural despejo y esmerada educacion.

Los tres amigos salieron de la fonda, donde se hospedaron, el Domingo por la tarde y se dirigieron al Prado, que se hallaba enteramente lleno de gente: los dominós, los payasos, las damas anti-

IV.

—Ormisinda: blanca paloma de flexible cuello, voy á partir. La patria me llama, y el cuerpo obedece; pero mi alma queda aquí.

Ormisinda: fragante azucena de color nevado, voy á partir; pero te juro por mi parte de gloria, que nunca te dejará mi espíritu.

Ormisinda: estrella de la tierra, destello de los cielos, voy á partir; pero te juro por el fulgor de tus ojos, que en la vida y en la muerte me hallarás á tu lado cuando me llares en tus lilas.

Ahora oiga yo tu voz y calle el mundo.

—Ludovico, tú partes y yo muero. Tú partes y yo siento que el cuerpo queda y que el alma te sigue.

Escucha:

Yo acojo tu juramento, y te prometo á mi vez que, en las lilas, me hallarás si vivo, y en ellas me hallarás si muero....

El rumor de un beso se perdió en los gemidos de la selva.

V.

Ha pasado un año.

Ludovico pereció en la pelea, y fué su mortaja la gloriosa bandera de los españoles.

Ormisinda no ha dejado de regar una sola noche el bosque de las lilas con su llanto, y del constante riego ha brotado á sus piés una mata de flores moradas.

Y el alma de Ludovico suspira en las eternas flores, y una noche en que Ormisinda lloraba en las lilas reclinada su cabeza de serafín en las flores, una paloma blanca como la nieve acarició su rostro pálido y dormido.

Después otro arrullo contestó á la blanca paloma; y otra de igual color, aunque mas vaporosa y suave apareció en el pecho de la vírgen.

Las dos aves unieron sus alas, y en raudos vuelos surcaron el espacio.

VI.

Al dia siguiente los pastores hallaron á Ormisinda sin vida; y en el sitio donde su cuerpo reposó, dos plantas tristes y erguidas que nadie conocia.

Sus flores eran moradas y amarillas. Una corona de estas flores pusieron en las sienes purísimas de Ormisinda al recostarla en su blanca sepultura.

Y todas las noches dos palomas bellísimas venían á suspirar en las lilas de Ormisinda.

Los pastores visitaban con temor la morada de las flores; y al ver que jamás se marchitaban, se decían unos á otros:

—No las toqueis que son *las siemprevivas*.

VICTORINA BRIDOUX Y MAZZINI DE DOMINGUEZ.

guas, las monjas y las vestales lucían los variados y vivos colores de sus trajes entre las elegantes damas, que ya sentadas, ya paseándose por el salón, reían, hablaban y disfrutaban de aquella hermosa y alegre tarde.

Los tres manchegos, huían las bromas de las máscaras, aun las de aquellas que tenían la apariencia mas marcada de mujer por temor de ser engañados y dar luego que reír á sus amigos: así, pues, se fijaron en las lindas jóvenes que, como un cordon de hermosas flores, guarnecían ambos lados del salón.

Los forasteros eran bastante descontentadizos: á todas encontraban defectos: una tenía los ojos pequeños; otra la nariz larga, esta escaso el cabello, aquella era muy gruesa; por fin, uno de ellos alcanzó á ver una figura tan bella que le hizo lanzar una pequeña exclamacion.

Era una joven que estaba sentada junto á un anciano caballero, en actitud meditabunda y triste: vestía un elegante y rico traje de raso morado, un precioso abrigo de terciopelo negro y un lindo sombrero adornado de un velo negro que la caía por delante del rostro.

Los dibujos del velo eran tan espesos, que solo dejaban ver algunas perfecciones de aquel rostro, que debia ser en extremo hermoso: á través del encaje se descubrían dos hermosos y rasgados ojos negros llenos de fuego, dos bandas de cabellos brillantes como el azabache, una blanca tez y una boca de púrpura.

Pero lo que mas llamó la atención del provinciano fué su elevada estatura, su aire magestuoso y lo gallardo y perfecto de sus formas.

Los tres amigos ocuparon tres sillas detrás de aquella hermosa mujer; pero un instante despues de haberse sentado, acercóse un carruaje, la desconocida se levantó y entró en él con el anciano que la acompañaba.

Debeis suponer que el enamorado joven no faltó por la noche con sus compañeros al baile del teatro Real.

Y de paso os diré, lectoras mías, que el que no ha visto un baile en el régio Coliseo no tiene idea de lo que es esta clase de diversiones en España.

Hay allí una atmósfera particular y que en ninguna otra parte se respira; hay allí torrentes de luz, de armonía, nubes de aromas, palabras perdidas que forman un conjunto imposible de explicar.

El enamorado manchego tardó poco en columbrar á su hermosa desconocida; la figura de esta no podia equivocarse con ninguna y á través del dominó de raso negro que la cubria, parecia mas esbelta y magestuosa.

El manchego miró cuidadosamente todo el salón; pues temia sin duda que alguna otra persona se apercibiese de su admiracion por la hermosa máscara; pasó cuidadosamente revista á todos los palcos, y dijo á sus amigos:

—Ahí está Luisa, en aquel palco: así ya estoy libre.

—Y qué libertad pudiera quitarte Luisa aunque

estuviera en el salón cuando no te hace caso alguno? contestaron riendo sus amigos.

—Aparenta no hacérmelo para disimular con su marido.

—No: es que realmente no te lo hace.

—Bueno: tanto mejor; así haré el amor á mi desconocida, sin remordimiento.

Desde aquel instante buscó ocasion de ofrecer su brazo á la desconocida, la que no tardó en encontrar.

Esta se mostró locuaz en extremo y coqueta hasta un punto increíble: el joven habló tímidamente de cena, y ella admitió al momento: comió mucho, y bebió mas, sobre todo, Champagne, que, segun ella decia, le hacia el efecto de una *limonada refrescante*.

En fin, sus coqueterías y sus locuras, juntamente con lo mucho que le hizo beber, trastornaron la cabeza del pobre joven, el cual llegó á pedirle una cita.

—Nada mas fácil, contestó la máscara: me acompañarás á mi casa y allí podrás hablarme el tiempo que quieras.

El enamorado joven se levantó al instante, tomó el brazo de la máscara, y saliendo á la calle subieron á un coche; la máscara dijo algunas palabras al cocher y el carruaje partió al galope.

Pronto llegaron á una casa de magnífica apariencia: el cocher abrió, y bajó primero el joven dando la mano á su compañera.

Pero cuando vió la casa, palideció y murmuró para sí:

—¡Esta es la casa de Luisa! pero bah! añadió en seguida; mi máscara vivirá en otro cuarto.

Debó advertir que el bueno del manchego sabia donde vivia Luisa por lo mucho que la paseaba la calle; pero ignoraba completamene en qué cuarto habitaba, porque jamás habia estado en él ni podido averiguarlo.

Entraron en una sala elegante, y sentándose ambos en un divan, empezó el enamorado joven á instar para que su compañera se quitase la careta.

Esta se resistía suavemente; pero al fin el manchego la desprendió con un atrevido movimiento.

Pero no bien vió descubierto el rostro de su hermosa, dió un grito de horror que se confundió con una carcajada femenina.

El rostro de la máscara estaba adornado con unos solemnes bigotes negros, y Luisa apareció en la puerta de la estancia, celebrando el pesado chasco del manchego que, de acuerdo con su esposo, habia dispuesta para librarse de sus incesantes persecuciones.

El *lion*, puesto para siempre en ridiculo delante de Luisa, ha desistido de su manía de perseguir á las mujeres casadas.

Por supuesto que cuando le preguntaron sus amigos el fin de la aventura, les dijo que habia sido *muy dichoso*: en efecto, fué todo lo feliz que podia ser, pues dió con un marido de talento que se contentó con reirse de él.

El miércoles de Ceniza tuvo lugar en la capilla del Real Palacio la acostumbrada ceremonia reli-

giosa. SS. MM. acompañados de las personas de su familia y servidumbre, se dirigieron procesionalmente desde su cámara á la capilla. El patriarca de las Indias ofició é impuso la ceniza á los Reyes y á las dos y media SS. MM. y AA. volvieron á sus habitaciones en el mismo orden con que salieron de ellas.

El pueblo de Madrid, según costumbre antiquísima y tradicional, celebró con extraordinaria animación el Entierro de la Sardina. Este acto que entre nuestros antepasados tenía un principio religioso, reduciéndose al entierro, no de la sardina de mar, como en la actualidad se hace, sino de la canal de cerdo, á la que en término técnico se daba y aun se dá, el nombre de sardina, lo cual era una pública demostración de acatar el precepto que desde aquel momento se imponían los fieles de no comer carne hasta el día de Pascua.

Una de las comparsas que amenizaban la estancia en el Prado y que montaba una elegante carroza completamente forrada de blanco, que era el color de los trajes de los individuos de la comparsa, arrojaron sobre el carruaje de SS. MM., al pasar por su lado, una verdadera lluvia de violetas, que inundó, por decirlo así, la régia carretela. Las augustas personas recibieron con su habitual amabilidad esta delicada broma, autorizada por el día y propia de las circunstancias.

Los teatros y los salones han estado animadísimos como nunca.

Desde mi última revista las compañías de canto y declamación nos han ofrecido algunas novedades.

El teatro Real pasó á mejor vida, pero luego le han resucitado los artistas para dar algunas funciones. Con motivo de aquel fracaso se ha nombrado una comisión compuesta de los señores Ayala, Camprodon, Eslaba, Arrieta, Saldoni y Roger, para que den su dictámen acerca del mejor modo y forma con que ha de procederse al arrendamiento de dicho teatro.

El Circo nos ha ofrecido una nueva obra del señor Larra titulada *Los lazos de la familia*, lazos que, valiéndome de la frase de un crítico, encontró el público muy bonitos, aunque de colores inverosímiles. La Matilde se ha hecho aplaudir en *Amor de madre*, *La sociedad de los trece*, *El Desden con el desden*, y *Perder ganando*.

La zarzuela nos ha dado á conocer *El firmante*, *Distracciones* y *Juan sin pena*, obras de escasa importancia.

Novedades no da señales de vida.

En el Teatro Francés se han presentado Mr. y Mademoiselle Montalaud, de quienes se conservaba tan buenos recuerdos desde que en 1853 y 1854 trabajaron en los teatros de la Cruz y del Instituto.

En el Príncipe se han estrenado con mediano éxito *Padre y Rey* del fecundo novelista señor Fernandez y Gonzalez, y con muy bueno *La culebra en el pecho*, original del señor Ramirez. *El Solteron* del señor Picon y *El Tío Martin ó la honradez*, traducción del señor Rosales. En estas tres últimas obras ha alcanzado un verdadero triunfo el señor Osorio (D. Fernando) como actor y direc-

tor de escena, pues la enfermedad y repentina muerte de Doña Emilia Moscoso, esposa de don José Valero, han alejado á este afligido artista del teatro por algunos días.

También tengo que anunciar á mis lectores el fallecimiento de Rafaelita Tirado, aquella niña tan rica de inteligencia y de gracia que embelesaba al público madrileño en la *Archiduquesita*, en *Hija y Madre*, en *La llave de oro*, en *Vida por honra* y en otras obras dramáticas en que nuestros primeros autores habían creado tipos especiales para ser interpretados por ella; aquella artista de trece años en quien todos adivinaban una gran actriz, que se entregó buena y tranquila al sueño de la inocencia y amaneció al día siguiente con sus hermanos los ángeles.

Oh! los meses de Febrero y Marzo han sido fatales para la salud. Entre las muchas pérdidas de personas notables y queridas que tenemos que llorar, hay que añadir la del antiguo intendente de palacio, el Sr. D. Martin de los Heros, á quien la Reina profesaba tan singular cariño que puede asegurarse que el Sr. Heros era la única persona que entraba diariamente en palacio sin sujetarse á la etiqueta; se sentaba muy á menudo en la mesa régia, donde tenía siempre reservado el primer puesto de honor, y acompañaba á SS. MM. á los teatros y á los paseos, no como un individuo de la servidumbre, sino como un amigo de confianza.

Voy á hablaros ahora de conciertos y empezaré por el que tuvo lugar en el regio alcázar el domingo 13, el cual ha sido una de las fiestas musicales mas brillantes allí celebradas: tomaron parte en ella las Sras. de Giuli, Kenneth y D'Angri, y los Sres. Giuglini, Bartolini, Llorens, Laserre, Dombrowski, Romero, Melliez, Sarmiento, Cano, Valldemosa y Guelbenzu. Todas las piezas de que se compuso el concierto fueron ejecutadas con singular esmero y rara perfección; y aunque no hubo una que no merezca citarse, solo mencionaré como las que mayor efecto causaron en el auditorio el precioso terceto de *El matrimonio secreto*, en el que compitieron verdaderamente las Sras. De Giuli, Kenneth y D'Angri que lo cantaron: el de *La Italiana en Argel* por los Sres. Giuglini, Bartolini y Llorens, y el rondó de la *Sonámbula* que es el triunfo de la Kenneth. La orquesta, dirigida por el Sr. Valldemosa, tocó con admirable inteligencia; y en fin, los profesores Laserre, Dombrowski, Romero, Melliez, Sarmiento y Cano demostraron una vez mas cuan dignos son de su reputación y de su fama.

Vestia la Reina un traje de terciopelo *épinglé* amarillo, de doble falda con volantes, adornado de encajes blancos y ramilletes de pensamientos: en los hombros y en el pecho llevaba magníficos broches de brillantes, y en la cabeza un adorno de los mismos y terciopelo: el Rey, su augusto padre y el príncipe Adalberto estaban de frac como todos los concurrentes.

En el intermedio de la primera á la segunda parte, SS. MM. la Reina y el Rey recorrieron el salón, dirigiendo la palabra uno por uno á todos

los convidados con su afabilidad proverbial, mientras se servían con profusión helados, bebidas y dulces; terminando á las dos y media esta fiesta magnífica, que dejará muy gratos recuerdos en cuantos han tenido la fortuna de asistir á ella.

Nuestra augusta soberana que tanto se interesa por las artes y que tantas muestras de aprecio ha dado á los artistas, ha hecho preciosísimos regalos á todos los que tomaron parte en dicho concierto.

En el teatro de la Zarzuela se han ejecutado ya tres de los conciertos sacros que han de verificarse durante los viernes de la presente cuaresma, y que atraerán indudablemente á dicho coliseo al público de Madrid, ansioso de novedades siempre. Los aficionados á la música deben mucho al Sr. Salas por la idea feliz de estos magníficos conciertos.

También la Srta. D^a Herbil, que tan admirablemente ejecuta en el piano, dió en los días 15 y 16 y en el teatro del Príncipe un concierto, en el cual alcanzó esta precoz artista innumerables aplausos.

No os hablo de la distribución de premios á las alumnas de las Escuelas Dominicales, porque os supongo enteradas de este acontecimiento por el bellissimo artículo publicado en LA MODA y debido á la pluma de la joven y fecunda escritora Señora Sinués de Marco.

La Sociedad protectora de las Bellas Artes ha acordado el establecimiento de unos juegos florales que se verificarán cada dos años; principiando desde 1860 en el aniversario de la fundación de la Sociedad, presididos por un tribunal de amor, que distribuirá los premios entre los vencedores á la manera de las córtés establecidas en Avignon para premiar á los poetas provenzales en los tiempos de la *gaya* ciencia.

Y ya que de literatura os hablo, concluiré esta revista diciéndoos que la *Patriarca* de nuestras poetisas la Sra. Doña Vicenta Maturana acaba de dar á luz la tercera edición de sus poesías, las cuales brillan por la corrección, ternura y delicada sencillez que resaltan en ellas.

PAMELA.

CUMPLIMIENTOS.

Cuanto mas amigos mas claros.
(Palabras de un hombre *comme il faut*.)

"Mi querido amigo: es en mi poder su *grata* de hoy y tengo un verdadero pesar en no poder remitirle los doscientos reales que me suplica le preste: sin embargo, viva V. *seguro* de que deseo se me presente una ocasión en que me sea dado manifestarle el *aprecio* con que le distingue su *buen amigo* y *servidor* que besa su mano—J. H.

La lectura de esta carta, que acabo de recibir por el correo interior, me ha inspirado la idea de dedicar un artículo á la palabra *cumplimientos*; pero antes de entrar en materia, voy á complacer á la ne-

gra honrilla, que me está dando con el codo á fin de que haga una aclaración á mis lectores.

Yo no he pedido doscientos reales porque me hacían falta.

Los he pedido con el objeto de probar el *aprecio* con que me *distingue un buen amigo*, que poseo mas de doscientos mil; porque habeis de saber que J. H. tiene caballos, carretela, dos casas en Madrid y abono en el teatro Real y en el de la Zarzuela, —en materia de teatros, J. H. está por los estrechos—y va á la Bolsa todos los días, y al café Suizo todas las noches, y no tiene deudas, cuya circunstancia constituye por sí sola un gran capital.

J. H. es un hombre de treinta años.

Le conocí, no os importa saber donde; pero desde que me ofreció su amistad, que hará como unos ocho meses, me dice, siempre que me encuentra, que está á mi disposición, y me encarga que si en alguna cosa puede serme útil, no tengo mas que indicárselo, pues de lo contrario le haría una ofensa imperdonable.

Hoy, á pesar de tener yo doscientos reales, me he levantado de muy mal humor, lo cual á primera vista parecerá inverosímil á muchos que yo conozco, y hasta me lo hubiera parecido á mí á todas vistas en cierta ocasión en que mi bolsillo atravesaba una crisis mas pertinaz que un acreedor de oficio.

La brisa de la mañana hizo degenerar mi mal humor—sin que yo pueda explicarme tan singular metamorfosis—en un vivo deseo de poner á prueba la amistad de J. H.

La carta que me dirije y que os he dado á conocer, os dirá claramente cual ha sido el resultado de mi temerario ensayo.

Las ofertas de J. H. no eran mas que *cumplimientos*.

Y ¿sabeis lo que son *cumplimientos*?

El Diccionario de la lengua castellana, formado por la Academia española, dice que *cumplimiento* es la oferta que se hace por pura urbanidad ó ceremonia; y aun cuando la definición que el citado libro da de la palabra *vaca* hace que se miren con prevención y desconfianza todas las demás, pues asegura que *vaca es la carne que se distribuye y pesa en la carnicería, aunque sea de buey*, creo que al tratar de la voz *cumplimiento*, no he andado muy desacertado.

No obstante, y con perdon de la autorizada é ilustre corporación que *limpia, fija y da esplendor*, voy á revelar á mis lectores la etimología de la palabra en cuestión.

Cumplimiento tiene por padres á los señores *Cum-plo* y *miento*, y esta sencilla aclaración os demostrará hasta la evidencia la necesidad de poneros á salvo de los tiros del hijo de ese consorcio inmoral que vive á costa de la candidez del prójimo.

Si, porque un cumplimiento es una lisonja que fomenta nuestra vanidad, lejos de corregirla.

Una figura raquítica y despreciable, envuelta en un hermoso traje, que tiene vacía la cabeza y carece de corazón.

Un cumplimiento es la antítesis de la franqueza noble y recomendable.

Es una promesa que se hace con el firme propósito de no cumplirla.

Es una mentira, y una mentira autorizada por la sociedad.

Guerra á muerte á los cumplimientos.

Reconciliémonos con la verdad.

Esta podrá darnos un desengaño, pero nunca será tan amargo como el que, para mas ó menos tarde, nos deparan los *cumplimientos*.

No haya pues cuartel para los *cumplimientos* ni para esos hombres tan *cumplimenteros*, que pasan la mayor parte de su vida entregados á tan punible vicio.

El código penal se ha olvidado completamente de ellos.

Reparemos tan crasa injusticia.

No quiero ocuparme de ese largo catálogo de cumplimientos en cuyo número figuran:

Beso á Vd. la mano.

Póngame Vd. á los pies de la señora.

Mi mujer está á la disposicion de Vd.

Y los *besos* que al saludarse se dan algunas señoras.

Por lo regular, el que dice *beso á Vd. la mano*, quisiera ver quemadas, no una mano, sino cien que tuviera el susodicho usted.

El que esclama: *póngame Vd. á los pies de la señora*, está convencido de que su dicho es una broma y de que no ha de ser tan fonto el marido á quien dá el encargo que se resigne á convertirse en una acémila dedicada incesantemente á trasportar demonios á los pies de su arcángel san Miguel, quiero decir; de su esposa.

El que asienta que su mujer está á la disposicion del que por ella pregunta es, cuando menos, un loco que no sabe lo que se dice.

Y en cuanto á los *besos* que se dan las señoras al saludarse, casi todos se parecen al de Judas, si he de dar crédito á lo que mi mujer me ha dicho en confanza.

Pero tratemos de algunos *cumplimientos* para los cuales debia tener un correctivo el código penal.

Por ejemplo: cuando un hombre como J. H. os ofrece cuanto tiene y cuanto vale y contando con su promesa le pedís doscientos reales para salir de un apuro, ¿no merece doscientos palos si no accede á vuestra peticion, y doscientos mas si no contentándose con este desaire os insulta con un nuevo cumplimiento del tenor siguiente: *Sin embargo viva Vd. seguro de que deseo se me presente otra ocasion en que me sea dado manifestarle el aprecio con que le distingue su buen amigo y servidor?*

Cuando uno, que se llama amigo vuestro, acaba de comprar una prenda y os la enseña tal vez con el *santo fin* de daros envidia, y despues de que habeis ponderado su hermosura, exclama—*guardándosela por supuesto,—está á la disposicion de Vd.*, ¿no merecia este amigo que dispusiérais apropiaros dicha prenda? Debo advertir que la costumbre de *ofrecer inútilmente* solo está admitida en España.

Cuando vais á una casa y el dueño tiene hambre

ó no quiere hablaros por mas tiempo, y tirando del cordón de la campanilla pregunta á la criada que se presenta si está la sopa en la mesa, y la criada contesta que si, y luego el dueño, al ver que os levantaiis para dejarle en paz, os dice: *no os vayais y si quereis acompañarme á comer me dareis sumo gusto*; ¿no merece este hombre que os vayais, no á la calle como él quiere, sino al comedor y le dejeis sin probar bocado?

Cuando en el café se sienta un prójimo á vuestro lado, y despues de tomar lo que ha pedido y presentarse el mozo á cobrar exclama, al notar que vais á pagar y separando su mano del bolsillo del chaleco: *amigo mio, eso me toca á mí y no consentiré que Vd.?* ¿no merece este primo que le contesteis: *cálmese Vd., no me opongo á que Vd. pague siquiera porque no se le indigeste lo que ha tomado?*

Cuando recibís por el correo interior una tarjeta que dice: *Fulano de tal ofrece á Vd. su casa, calle de tal, número tal*, ¿no merecia el *fulano* que os dirigiérais en seguida, á la casa que os ofrece—quizá sin permiso del casero—y despues de echarle á él y á sus muebles por un balcon, tomáseis posesion de ella?

Cuando un empresario de teatros despues de tener un drama en su poder seis meses, á pesar de haber ofrecido leerle en seguida, dice al autor que no ha cometido mas pecados que escribir un drama y no conocer las intrigas de bastidores:—*que sus ocupaciones no le han permitido enterarse de su obra*, ¿no merece este empresario que se le forme consejo de guerra acto continuo y se le condene á ser pasado por las armas, quiero decir, por las gacetas?

Cuando este mismo empresario, al dia siguiente de haberse silbado una comedia en su teatro, anuncia lisonjeando la vanidad del desgraciado autor y escamoteando enfermedades, que se suspenden sus representaciones *por indisposicion* del actor A. que tomaba parte en la obra, ¿no merece una silba extraordinaria, esto es, una silba no comprendida en el número de las de abono?

Cuando el administrador de un periódico anuncia en su primera columna en letras muy gordas que los señores suscritores se sirvan renovar su suscripcion que ha terminado y remitir su importe sin perder momento á fin de que no sufran retraso en el envío de los números, ¿no merecia por su poca ingenuidad que los suscritores aceptasen el sufrimiento del retraso del envío arriba citado?

Cuando un pobre empleado recibe un oficio por el cual se le declara cesante y por apéndice se le desea que *Dios le guarde* muchos años, ¿no merece el que le firma estar cien años guardado por Dios sin destino y sin comer?

Cuando vais de paseo con un hijo pequeñito y encontrais á uno, dos, tres, cuatro ó mas prójimos y todos os dicen que la criatura se os parece mucho, aunque se os parezca tanto como un huevo á una castaña, ¿no merecian esos pecios que el cielo les concediera cinco hijos cada año para que pudiérais á vuestra vez decir otro tanto de ellos?

Cuando vais muy de prisa y dais un pisotón á

un *quidam* en un callo, pero un pisoton tan fuerte que le haga ver de día las estrellas y después de decirle: *Vd. perdone*; contesta el muy alma de cántaro, *no hay de qué*, ¿no merecía que le diésemos otro pisoton que le hiciera ver el cometa Donati?

Cuando va el zapatero, el ebanista ó el barbero á vuestra casa, os presenta una cuenta, y después de mirar su importe, fruncir el ceño y echar mano al bolsillo para pagarla, os dice el acreedor: *no se moleste Vd., que no corre prisa.....* ¿no merecía el señor zapatero y compañía que le tomásemos la palabra y no le pagásemos nunca?

A buen seguro que mi sastre no está en peligro de merecer semejante castigo.

Señores, desde que me viste, ni por *distracción* ya que no por *cumplimiento*, me ha dicho una sola vez que no le corría prisa el cobrar.

Al contrario, siempre que me presenta una cuenta entablamos el siguiente diálogo:

Yo.—(*Haciéndome el remolón.*) ¿Quiéreme Vd. que le satisfaga la cuenta ahora?

El.—(*Haciéndose inhumano.*) Si, señor.

Yo.—(*Esforzándome para reír.*) Me alegro, porque ya sabe Vd. que el que paga, descansa.

El.—(*Riéndose sin esfuerzo y con aire de triunfo.*) Sí, pero mas descansa el que cobra.

Pero sigamos apuntando los castigos que merecen los que se dedican al reprobado tráfico del *cumplimiento*.

Mas ¿qué castigo imponer á las personas que os hacen esas visitas fastidiosas, inoportunas, tontas y ridículas, esas visitas que la culta sociedad distingue con el nombre de *visitas de cumplimiento*?

¡Oh! las visitas de cumplimiento merecen otro artículo; en este solo diré que las personas que no quieran ver hasta dónde llega mi cólera, que no me hagan visitas de esta especie, porque las detesto mas que detesto los *cumplimientos*.

Este sería un buen final para el presente artículo, pero no quiero terminarlo sin hacer una confesión á mis lectores.

Una vez me reconcilé con los cumplimientos.

Encontré un día á un amigo muy franco y me convidó á comer.

—Gracias, le contesté; no quiero que se incomoden en tu casa.

—No, si porque tú nos acompañes á comer no se ha de aumentar nada; ¡vaya, pues no faltaba mas! Ya sabes que te tratamos sin cumplimientos.

Yo acepté sin hacerme cargo del verdadero valor intrínseco de esta frase.

Llegué á casa de mi amigo; pero este, escudado con su franqueza, me dejó con hambre, pues la comida que tenía dispuesta para él, su mujer y la criada no pudo contentar á todos; pero miento, contentó á la doméstica, que suponiendo con fundamento que yo me iba á comer su ración, tuvo buen cuidado de reservar su parte antes de sacar los platos á la mesa.

Así pues, y concluyo; si alguno me convida á comer y quiere que yo acepte, procure no tratarme con esa *sans façon* que autoriza á no dejar satisfe-

chos los estómagos de los convidados, y no olvide que, solo cuando se trata de comer, condono la franqueza y aplaudo los cumplimientos.

JOSÉ MARCO.

EL ALCALDE RONQUILLO,

EPISODIO DE LA GUERRA DE LAS COMUNIDADES,

POR AMOCIL.

A D. Federico del Olmo.

I.

LA COCINA DEL CASTILLO DE TORRE-LOBATON.

Era uno de los primeros días del mes de febrero en el año de 1521. Llovía mucho, pero á grandes intervalos. La atmósfera estaba pesada y la temperatura, sin ser muy fria, era en alto grado desagradable.

Los alrededores de la villa de Torre-Lobaton se asemejaban á un país que, después de haber sufrido un inmenso diluvio, se ve desierto y triste como la muerte, luego de retiradas las aguas.

Desde el homenaje de la terrible fortaleza, el vigía alcanzaba con la vista muchas leguas de contorno, mas sin embargo, en todo él difícilmente podrían topar sus ojos con un ser humano. Los pocos árboles que á inmediaciones de Adalia, Castrodeza y Bamba con vida raquítica crecían, desmochados por el viento y deshojados, contribuían á hacer mas triste el paisaje, de suyo triste en todos tiempos, que en aquella zona se descubre.

Guerra fratricida y cruel asolaba la comarca, y como si esto no fuera bastante para lograr su mal, el tiempo y la peste habian conjurado su desgracia, privándola el uno de cosecha y la otra de la vida, que dejaba á los moradores la guerra. La última les consumía la gente moza; la peste, los ancianos, los niños y las mujeres.

Juan de Padilla y el obispo de Zamora con su bravo y brillante ejército de comuneros ocupaban la mejor de las ciudades de ambas Castillas. Valladolid era su cuartel general.

El castillo de Torre-Lobaton pertenecía á las tropas imperiales, mandadas por el conde de Haro, de nefanda memoria, y lo gobernaba á la sazón en nombre del César y del general en jefe, don Rodrigo de Ronquillo, que así hacía á alcalde de casa y corte como á capitán de las compañías mas relajadas.

Corría un rumor muy sostenido en ambos campos, de que en breve vendrían á las manos los ejércitos que en la leal Castilla la Vieja representaban, el uno la invasión de los destinos de la monarquía por avarientos extranjeros; y el otro, la causa de la patria, de la libertad y de las municipalidades heridas de muerte.

Juan de Padilla tenía ganas y se preparaba á dar un gran golpe á las tropas imperiales, tomándoles la fortaleza de Torre-Lobaton, una de las mas temibles que ocupaban los ejércitos sin fé de Don Carlos I.

Contaba para esta ocasion con el entusiasmo siempre creciente de sus bravos toledanos, con el decidido apoyo de los tercios de Salamanca y Segovia, y con el esfuerzo invencible de la legión vascongada.

Ronquillo y los demás capitanes que guarnecían á Tordesillas y Torre-Lobaton, solo podían fiar su triunfo en la mayor cifra de soldados, soldados que ni tenían el mismo arrojo que los comuneros, ni peleaban sin antes recibir buena ración y tener bien contados sus salarios. La superioridad de las posiciones, y aun lo inexpugnable de algunas por otra parte, tenían un tanto orgullosos á los tenientes de Haro.

Mas mientras en consejo de guerra el conde de Haro en Peñafior y en Valladolid Padilla y el bravo prelado Acuña preparan los medios de ofensiva, vengan nuestros lectores á la suntuosa cocina (en materia de cocinas se entiende), del castillo tan bien provista de manjares como de agradable mansión para matar el frío, en aquellos tiempos en que no eran conocidos, ni hacían mucha falta, dicho sea de paso, nuestros modernos medios de *confort*.

En un inmenso y sencillo asador de hierro daban vueltas, con gran consuelo y satisfaccion de los circunstantes, un carnero, no de los mas pequeños. El fuego que ardía en el fogon, proporcionado á las necesidades del estado mayor de la torre, mas parecía propio para elaborar el hierro en una ferretería, que para aderezar la comida de los capitanes aposentados en la célebre fortaleza.

El olor particular que reinaba en la cocina toda, el al mismo tiempo consolador y severo reflejo de las llamas y el aire de los villanos, afaenados en preparar la comida, daban un tinte de alegría y expansion de alma á las dos personas principales que ocupaban el secular banco de aquel departamento del castillo, banco tan antiguo como la torre, y mas apreciado quizás que uno de sus cubos.

El asiento de cabeza lo ocupaba un hombre que aun jóven por la edad, era ya viejo por las contingencias y alternativas de su azarosa vida. Su fisonomía denotaba altivez, mucha vanidad, pocas buenas cualidades é hipocresía refinada.

Era flaca su cara. Sus ojos bastante vivos, respiraban ruindad de corazón. Su cuerpo era un tanto gallardo, pero el porte del caballero ni demostraba afición al lujo, ni presunción de sus ventajas físicas. Sus cabellos comenzaban á encanecer. El conjunto de aquel personaje no era desagradable, mas que por el aire siniestro que presidía en su rostro. En su juventud debió ser un arrogante mozo. Cuando nosotros le presentamos podrían dársele treinta y cinco años de edad.

Vestía de negro, como negro era entonces su cargo, pues se llamaba el alcalde Ronquillo.

Después de haber pasado por todas las vicisitudes de la vida, en las cuales tan bien hacia á predicador como á truan, habia venido á parar en la persecucion de los comuneros, á quienes odio mas ferviente que el mismo rey profesaba.

El día á que venimos haciendo referencia, lo consagraba Ronquillo á la conquista de un mozo de

provecho y grandisimas esperanzas, el cual era quien al fogon con él estaba sentado.

Por eso de vez en cuando, y así que advertía los progresos que sus palabras hacían en el alma del jóven catecúmeno, paseaba una sonrisa indefinible por sus labios.

El mozo oyente del Ronquillo, era un jóven de diez y seis años, que acababa de salir de su casa materna para la guerra. Y como quiera que su padre fuese un fanático, muy apegado á las cosas viejas y á las malas artes que cierta gente vendía por virtudes, el jóven guerrero, en lugar de acompañar á sus animosos compatriotas en las filas de la patria, erró el camino y fué á prestar su espada á los ejércitos del extranjero y de la inquisición.

—Sí, mi jóven amigo, decía Ronquillo, nuestro magnífico soberano el rey D. Carlos, emperador de Austria, no dejará perder esos generosos alientos que en pro de su buena causa demostrais. Los comuneros... ¡ilusos! piensan atacarnos; allá veremos como se baten las tropas del general Padilla, del rebelde regidor de la rebelde Toledo. Y vos, á quien en lontananza veo de capitán, vais á tener muy pronto ocasion de probar vuestro valor y demostrar los sentimientos de amor que acabais de expresar por el mejor de los reyes. También vendrá Bravo, quizá se haya olvidado del ataque de Segovia. ¡Valiente jornada se prepara! El castillo de Torre-Lobaton está abocado á grandes sucesos; Cristóbal, en él vais á ganar la plaza de alférez en una de mis compañías.

Cristóbal escuchaba con la boca abierta las nunca bien acabadas frases del tirano de Valladolid.

Cristóbal era generoso, valiente y cándido y no entendía el torcido giro de las palabras del alcalde: creía buenamente y se horrorizaba de todas las maldades que la mordaz lengua de don Rodrigo acumulaba sobre las claras reputaciones de Ayala y de Acuña, de Padilla y Bravo, Maldonado y Baraona.

Este Cristóbal, andando el tiempo, debía adquirir gloria inmortal en las gueras de Flandes. Se llamaba Cristóbal de Mendoragon y Otálora, y llegó á ser gobernador de Amberes.

—Cristóbal, continuó Ronquillo, vuestro buen tío, mi venerado amigo el arcediano don Juan de Otálora, háos recomendado muy particularmente. Seguid las huellas de varon tan ejemplar. Familiar del santo oficio y hombre bien quisto en la corte, puede hacer mucho por vos, si humilde y leal seguís profesando y defendiendo de cualquier modo y do quier nuestras doctrinas, las solas justas, las únicas apreciables á los ojos del mundo y de Dios.

A esta altura llegaba la homilia del alcalde capitán, cuando entró sudoroso y fatigado un peaton confidente.

De Valladolid á Torre-Lobaton hay cinco leguas de distancia; cuyas cinco salvó el correo en menos de dos horas, tales fueron la prisa que se dió, la codicia de un buen premio que le aguijoneaba y el temor que como á todos le inspiraba don Rodrigo.

—¿Y bien, qué noticias hay? preguntó este sin

corresponder al humilde saludo del confidente, y con un gesto muy marcado de altiveza.

—Malas. Vuesa merced puede ya ponerse en guardia, avituallando competentemente á la torre y doblando la vigilancia.

—¿Cómo?

—Así es. Juan de Padilla con 4.000 ó 5.000 hombres está preparándose para tomar inmediatamente la ofensiva contra esta torre, y simultáneamente contra Peñaflo, Tordesillas y Torde Humos, dispuesto á librar una batalla que le asegure el dominio de Castilla la Vieja.

—Sueña. Su Señoría el conde de Haro con 7.000 infantes y mil caballos cubre todas las posesiones comprendidas entre Tordesillas y Peñaflo. Por lo que me parece bastante difícil que Padilla pueda vencer, ni aun atacar con 4.000 hombres á 8.000 de todas armas, bien provistos de municiones de boca y de guerra, item mas las guarniciones de esta torre y otras varias de igual fortaleza.

Evacuada su misión, retiróse el correo á restablecerse su descompuesto cuerpo, dejando sobre el banco, á una seña de Ronquillo todos los papeles que habia cojido en Valladolid, y que pudieran servir de algo al ejército realista.

Ronquillo, con una indiferencia que mucho le costaba fingir, revolvía y ojeaba todos aquellos documentos, sin parar un minuto en cada uno su atención. Mas al cabo de mucho revolver, topó con un escrito, que le paró sobremanera.

(Se continuará).

Seccion de economia doméstica y arte de cocina.

Para dar el color rojo á los ladrillos de los aposentos.

Tómese una libra y cuarta de cola de Flandes, hágase disolver al fuego en tres azumbres de agua y pásese por una rodilla; en seguida deslíense en esta disolucion seis libras de rojo de Prusia, espóngase al fuego, y aplíquese el color que esté bien caliente; pero sin hervir. Despues de haber dado dos manos á los ladrillos, prepárese el encáustico echando doce onzas de cera en una cazuela con uno y medio azumbre de agua: hágase hervir todo, y añádansele poco á poco cuatro onzas de potasa disuelta, revolviéndolo con una cuchara de madera. Déjese enfriar, y estiéndase sobre los ladrillos con un pincel grueso, cuidando de no frotar mas de dos veces sobre un mismo paraje para no quitar el color; y por fin, antes que el encáustico esté enteramente seco, frótese con una brocha todo el piso, con cuya operacion quedará brillante.

Agua para limpiar los tejidos de algodón, de lana y de seda.

Echense una cantidad de patatas en una

cubeta llena de agua; déjense en remojo algunas horas para poderlas desembarazar con el cepillo de todas las materias estrañas; redúzcanse con un rallo comun á una especie de pulpa, que se recibe en un tamiz colocado encima de un vaso con un poco de agua; por este y con la presión se consigue que salga el agua de vejación contenida en la pulpa, que se recoje en el vaso colocado debajo del tamiz. Déjese entonces en reposo, sepárese la parte sólida (fécula, de que podrá servirse para la comida), y guárdese el agua para el uso: lo que queda en el tamiz puede aprovecharse para el fuego.

Prepárese en seguida una mesa, cubriéndola con una tela bien limpia, y estiéndase en ella el objeto que se quiere limpiar. Se frota este con una esponja mojada en el agua de patatas pasándola varias veces y con lijereza, y luego se enjuagará en agua muy clara. Si se ha conducido bien la operacion, resultará perfectamente limpio el tejido.

Modo de restablecer el brillo de los cristales empañados por el tiempo ó por algun accidente.

Echese sobre la pieza, tierra de hornillos seca y muy fina, y frótese lijeramente con un lienzo. Tambien se limpian perfectamente las lunas del espejo, vidrios y cristales con albayalde desleído en vinagre dilatado con agua, frotándolos despues con uno ó muchos lienzos; ó tambien con manzanas de reina peladas y cortadas en tajaditas bastante delgadas para que la frotacion las ponga fácilmente en un estado de pulpa.

Para impedir que los insectos roan las pieles.

Zúrrense bien las pieles, envuélvanse lijeramente en una pieza de lienzo, y métase en los pliegues alcanfor molido groseramente. Ciérrase este rollo en un cofre ó armario bien ajustado y de este modo no se acercarán los gusanos ni el arador. Cuando se necesiten, se golpearán y espondrán al aire durante veinte y cuatro horas para que se evapore el olor del alcanfor.

Si las pieles tienen el pelo largo, como por ejemplo las de oso ó de zorra, mézclese con el alcanfor un poco de pimienta negra molida.

Este mismo proceder es bueno para los vestidos.

Pueden tambien conservarse las pieles formando con ellas y un lienzo una especie de colchon y acostarse en él, pues las emanaciones que despiden nuestro cuerpo matan los insectos dañinos á las pieles.

Modo preservativo para las pieles, lana etc.

Muchos mercaderes de paños y tejidos de lana preservan sus géneros de la polilla poniendo en los estantes de la tienda pedazos de alcanfor del grueso de una nuez moscada envueltos con papel, y limpiando las piezas cada dos, tres ó cuatro meses. Lo mismo puede practicarse con la ropa encerrada en los cofres. Suele á veces meterse una vela de sebo en cada piel encerrada de este modo.

Modo cierto de conservar las pieles.

Los procedimientos mas sencillos son muchas veces los mejores. Se emplea á este fin el alcanfor, la pimienta y la esencia de trementina, y á pesar de estas precauciones sucede con frecuencia que la polilla echa á perder las pieles. El modo mas seguro que usan los peleteros, consiste en golpearlas bien por el revés con una varita, al principio de la primavera y peinar el pelo si es largo; de lo contrario es mejor acepillarlo: despues se envuelven con un lienzo bien blanco.

Puré de aves.

Se pueden reducir las carnes á sustancia del modo siguiente. Cuézanse bien los pedazos de carne ó despojos de ave, y cuando esté sumamente cocido macháquese con un poco de miga de pan y deslíese con parte del mismo caldo con que se ha cocido: se tendra ya la sopa bien remojada con el resto del caldo, y se le echará encima el puré bien caliente; es una sopa ó intermedio muy delicado y sustancioso.

Puré de cangrejos.

Despues de bien lavados y cocidos con agua y sal los cangrejos se les quitarán las patas y las colas, y lo demás se muele bien fino en el mortero añadiéndole poco á poco manteca; luego se pondrá este moje en una cazuela con agua y se hará hervir, se colará y se volverá á poner en la cazuela con algunas rebanadas de pan tostado. Cuando está bien cocido se cueza de nuevo y se vuelve á poner á que cueza con caldo de carne ó pescado, y con él se calan los coscorrones, que se deben ya tener en la sopera, guarneciéndolo por encima con las colas y patas que se apartaron, y que deben luego haber cocido un buen rato. Tambien puede hacerse de macarrones ó sémola en vez de los coscorrones.

Puré de guisantes secos.

Para reblandecerlos se deben tener durante veinte y cuatro horas en agua templada; luego se escurren, se meten en una taza y se dejan

otro tanto tiempo; luego se ponen en un puchero con tocino, zanahorias, un manojito guarnecido, sal y especias; échese tambien agua ó caldo, y déjese cocer hasta que se deshagan; entonces se pasan por colador y se sirven como cualquier otro puré.

Puré de guisantes tiernos.

Se echan en agua hirviendo una libra de guisantes verdes con cáscara y todo, cebolletas, perejil y sal. Cuando están cocidos se pasan por el colador esprimiéndolos fuertemente; luego se les echa un buen pedazo de manteca y se sirve. Se advierte que han de estar sumamente cocidos.

Sopa de cruton.

Se hace un puré de guisantes, ó de lo que se quiera, bien clarito y se echa hirviendo sobre coscorrones, que se tendrán ya en la sopera, y se sirve en el acto; con media docena de coscorrones que haya para cada plato es suficiente.

TEATRO PRINCIPAL.

Funcion lírico-dramático-coreográfica ejecutada el último Domingo.

Un cartel de teatros pegado en las esquinas de Cádiz durante la cuaresma, ha venido ya á ser por lo inusitado un verdadero acontecimiento; y semejante singularidad sube de punto si en el dicho cartel se anuncia en primer término una obra dramática; cosa tiempo há desusada en este coliséo, el cual hace no pocas temporadas gime bajo la casi esclusiva presion de las corcheas y de las semifusas; se entiende, las de casa. Debíó por tanto maravillarnos no poco el ver en las tablillas de anuncios un programa que comenzaba por una comedia, y como no estábamos en antecedente alguno, principiamos, no bien le hubimos leído, á preguntarnos unos á otros: ¿y quién la egecuta? ¿De dónde han surgido actores, cuando pocos dias há no se hallaba uno en Cádiz para un remedio?

El cartel, con un laconismo que habría hecho honor al mismo Agis, rey de Esparta, no tuvo á bien sacarnos de dudas, y en este punto no le alabamos la gracia; pero si no en nuestras manos, llegamos á ver colgado de un clavo en la puerta de un puesto de pan un anuncio prévio, y que por lo visto habia sido repartido á domicilio por las accesorias, en el cual se daban muchos mas pormenores, entre ellos la distribucion de papeles. Entonces vimos que

los artistas que iban á tomar parte en la comedia eran las señoritas Doña Adela Alvarez y Doña Rosario Collado, y los señores Sanchez Albarran, Flores y Ballesteros. La cosa prometía ya, especialmente para los que habian visto otras veces la anunciada comedia, aquí puesta en escena no ha mucho bajo la direccion del propio señor Albarran.

Esta comedia se titula: *El amor y el interés*, y es original del joven Larra, hijo del malogrado é inimitable Figaro.

Seguía á ella en el orden numérico el baile *La granadina*, donde su consonante la señorita Medina está tan admirable y es por tanto tan admirada, concluyendo el espectáculo con la zarzuela *El amor y el almuerzo*, en cuya egecucion no se hallaba otra novedad que la de volver á presentarse en su papel primitivo el bajo Sr. Fábregas, ahora contratado aquí para la temporada que ha de principiar en Pascua.

Como de lo único de que no tenemos hablado antes de ahora es de la comedia, vamos á ocuparnos de ella brevemente.

Su corte es bastante raro, no carece de faltas notables de arte; pero es de efecto, entretiene y se hace aplaudir, si, como ahora, se ejecuta bien. Este es en suma su argumento.

A la muerte de un señor rico y anciano debía heredar sus bienes su hijo único, pero habiendo fundadísimos motivos para que el padre creyese había perecido en un naufragio, fué sustituida en la herencia una sobrina huérfana y pobre, puesta al cuidado de cierta condesa joven y rica; pero viva, desconcertada y amiga de reir, á términos de parecer loca de atar. A esta tenía trazas de ofrecer sus obsequios y de aspirar á su mano un mozo, rico tambien y no tonto, aunque por esceso flojo, desmazelado, y mas amigo de dormir que un liron. Ni uno ni otro se amaban; mas un tio del mancebo insistía en esta boda, que él aceptaba por pura indolencia, y ella no sabemos por qué.

En esto aparece un nuevo personaje. Su aspecto extravagante, sus maneras bruscas, la exagerada irascibilidad que en sus miradas, en sus palabras, en sus menores movimientitos se revela, han llamado la atencion de la condesa, á quien han hecho reir grandemente, no menos que de la nueva heredera, á quien han asustado sobre toda ponderacion. Pero es el caso que el tal al ver á esta última se enamora de ella, y es el caso tambien que al rehusar llena de miedo aquel amor satánico, sabe que quien se lo ofrece con tan ágrias é impetuosas formas es nada menos que su mismo primo, el legítimo dueño de sus bienes, el por tanto tiempo tenido por muerto.

No le quedaba á la infeliz mas arbitrio que optar entre aquel hombre y la pobreza. Pero aquel hombre la atruena con sus voces, la asusta con sus frenéticos ademanes, la hace estremecer con sus iracundas miradas: opta por la pobreza. Esta restitucion que ella le ofrece le irrita mas; porque no necesita semejantes bienes, se ha hecho poderoso, y solo quiere de su prima un imposible; su corazon. La joven insiste, y temblando pone en manos de su pariente los titulos de la herencia, que él no tiene derecho para rehusar; mas entonces el mozo apático, que en secreto la amaba aunque á su modo, rompe su compromiso anterior y le ofrece su mano; se acepta con placer, y la condesa, que habia llegado por su carácter escéntrico á tomar cierto ascendiente sobre aquella pantera con levita, concluyó exhortándole á que trate de dominar su carácter, si quiere ser amado, toda vez que aquel defecto no nace de perversion de su alma.

Ya se deja conocer lo infructuoso del sermón y lo poco seguro de sus protestas de enmienda. El autor ha cuidado, por tanto, de hacerlo aparecer indomable hasta el último punto de la comedia.

Semejante carácter habría podido constituir el fondo de un drama; pero el señor Larra lo ha considerado bajo un punto de vista puramente cómico, y en nuestro concepto ha hecho muy bien. Lo ha presentado en su aspecto risible, y esto le ha dado ocasion para escenas de excelente efecto. Además, no se desmiente nunca, y cuando se le cree mas en la vía de corregirse es cuando un nuevo y no esperado arranque nos hace conocer que tales instintos, toda vez que han tenido elementos para desarrollarse sin freno alguno, acaban por ser casi siempre mas poderosos que la voluntad.

¿Pero un carácter semejante necesitaba por ventura de que se le hiciese destacar todavía mas con la contraposicion? ¿No tenía en sí mismo bastante fuerza de colorido para haber de recibir el que le prestase un antítesis forzado?

Eso es lo que en efecto vemos en la obra en cuestion. Si en ella hubiera podido pasar bien un carácter llevado al último y hasta al imposible punto de la exageracion, no es fácil se conceda lo mismo para dos ó tres caracteres mas, como allí sucede. Así es que aquello, á veces, mas que una comedia parece una jaula de locos.

La egecucion fué muy buena, y acaso pareció mejor porque al cabo oíamos á actores, oíamos producciones aceptables, estábamos en presencia de algo del arte. Este, además, es

uno de los papeles á que el señor Sanchez Albarrañ sabe dar mayor vida. En él es todo un actor. Muy bien en los suyos respectivos estuvieron las señoritas Alvarez y Collado; y otro tanto diremos de los señores Flores y Ballesteros. El público, que había acudido en mas afluencia que la acostumbrada en cuaresma, aplaudió durante toda la obra, y mas de una vez pidió la presentacion de la compañía entera, colmándola de palmadas.

Dícennos que al menos parte de ella se halla contratada ya para el Principal, en alternativa con la zarzuela. Mucho lo celebraremos, y muchos aplausos le auguramos.

Del resto de la funcion sería enojoso que nos ocupásemos ahora, cuando ya tantas veces lo hemos hecho.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

PERFUMERIA ITALIANA.

Toda vez que en los periódicos de modas de Paris es de fórmula el ocuparse de los objetos de perfumería que con crédito se usan en los tocadores de las damas elegantes, parécenos que un anuncio de algunos que sabemos recientemente llegados á un establecimiento de esta ciudad tiene su lugar muy oportuno en aquel número del mes que mas especialmente consagramos á poner al corriente á nuestras bellas lectoras de cuanto concierne á la especialidad femenina. Escitados además por algunas señoras, cuya competencia en el asunto no podemos poner en duda, vamos á decir algo de los efectos de esta especie que por vía de muestra se han puesto al despacho en el establecimiento de D. Manuel Soulé, sito en la calle de San Francisco.

La Italia es el país de las flores; es decir, de los perfumes naturales: mucho tiene adelantado, por tanto, para ser el país de las confecciones de que ellas han de constituir la base. De aquí el crédito de que algunos establecimientos de aquella península gozan, no siendo de los últimos el de Santa María la Nueva en Florencia, que es de donde proceden las muestras llegadas, y al que, segun noticias, se ha pedido completo surtido. Hasta ahora existen los polvos de lirio, cuyo nombre se une siempre al de la bella capital de la Toscana como garantía de bondad. Estos se usan para dar su suave olor á la ropa, bien así como sustancia cosmética para lavarse. Además, el agua de miel, ya con almizcle y ya sin esta sustancia, agua de la cual pretenden los italianos ser una imitacion la inglesa, si bien suponen que no han logrado dar á la copia

la delicadeza esquisita del original. No seremos nosotros quienes nos atrevamos á resolver cuestion tan árdua suscitada entre dos naciones de Europa. Ella tiene sus jueces competentes, y lo que es mas, irrecusables: es al bello sexo al que toca resolver la controversia, no despues de oír á ambas partes, segun fórmula de los tribunales, sino despues de olerlas, que es lo que en este caso procede.

La esencia aromática de vinagre así como el alquermes, hacen parte de los efectos que allí se hallan en espendicion, y en cuyos usos no insistimos porque no entra en nuestro propósito el enumerar sus virtudes, toda vez que esto corresponde á sus instrucciones especiales.

Las perfumerías inglesa y francesa están en Cádiz tan estendidas tiempo ha, que no necesitan se las dé á conocer. Como no sucede lo mismo con la italiana, de aquí es que conveniga llamar hácia ella la atencion de las personas aficionadas é inteligentes, porque de la comparacion surgirá la apreciacion exacta del mérito respectivo de cada una de ellas en beneficio del consumidor.

Tal es el objeto de la presente nota.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

El carnaval ha sido de los mas brillantes, y puede decirse que todo París ha bailado. Ya no es ni á Roma ni á Venecia donde hoy acuden los extranjeros para ver estas estrañas fiestas, en que el hombre, abdicando su razon, se entrega á todas las estravagancias de un espíritu delirante; es á Paris, á la capital del mundo civilizado, á la que acuden para gozar de este mágico espectáculo. Por lo demas, cada pueblo tiene su carácter distintivo, y el placer no se traduce en todas partes de la misma manera. En Roma, por ejemplo, el carnaval es sencillo; se cruzan una porcion de inocentes bromas que bastan para divertir á la muchedumbre. En Venecia es galante, y las miles góndolas que se deslizan sobre las lagunas envuelven mas de una aventura misteriosa. En Nápoles se le halla alegre y bullicioso; en Paris, frenético y hasta satánico. Es la licencia en todo lo que tiene de mas desgreñada; la orgía aullando sus blasfemias; los desheredados del cielo bailando su danza infernal.

Las austeridades de la cuaresma han venido á remplazar á los bailes y á los bulliciosos

- 14 E. T. id. id. id.
 15 María Simpson de Gonzalez: id.
 16 Enrique Gonzalez Simpson: id.
 17 Antonio Gonzalez y Fernandez: id.
 18 Mercedes Orobio: id.
 19 Francisca Uribe de Cancio: id.
 20 Ana: id.
 21 C. P.: feston y bordado ligero.
 22 A. D.: al pasado.
 23 N. R. ligadas: al pasado y lunares.
 24 A. G.: id. y bordado ligero.

Dedicatoria de una novela, titulada "La Realidad de la vida," a la señora Doña M. de la S. de A..

"Cual celeste pasionaria desplegas, María, tu tierna corola, bajo la sombra benéfica del hogar doméstico, inundando el ambiente con tu fragante candor. Dichosa tú, que en ese oasis del desierto de la vida duermes confiada en el regazo de una madre querida al melodioso arrullo de sus amantes caricias, y sueñas los dorados sueños de la infancia, mientras vela tu cáliz con sus alas de topacio el ángel de la inocencia. ¡Cuán feliz eres!

"Pero, ay! vendrá un día.... La mano de la Providencia arrancará del ameno pensil á la flor solitaria para trasplantarla á los campos del mundo social. Entonces comenzará la realidad de tu vida. El placer y el dolor, la risa y el llanto, la fortuna y la desgracia: la virtud confundida con el vicio flotarán, cual nubes del cielo, sobre tus hojas de esmeralda. Tu vida se resbalará por la pendiente del mundo como el murmurante arroyuelo ó como la bramadora cascada.

"El mundo! ¿qué es el mundo sino tierra estéril, campo pedregoso, prado verde lleno de serpientes, jardín florido pero sin fruto? (1)" El mundo! "Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno: = como de Dios al fin obra maestra,—por todas partes de delicias lleno (2)." El mundo "es valle de lágrimas (3)" y de rosas donde se desliza la vida nuestra en incesante lucha, en continuas contradicciones. Tal es la realidad de la vida: el bien y el mal.

"Entrelaza tus pámpanos, débil pasionaria, con el árbol robusto y frondoso de la experiencia, como se abraza al olmo la tímida madre-selva, y nunca tronchará tu tallo gentil el viento abrasador de las pasiones. Mezcla con el aroma de tu pureza el balsámico perfume de estas hojas, guárdale codiciosa en tu seno virginal, y jamás podrá marchitarle el aterido beso del triste desengaño. Comprende al fin LA REALIDAD DE LA VIDA.

"Toma y lee (4)."

L. DEL BARCO.

- (1) *Oracion y meditacion*; Fr. Luis de Granada.
 (2) *María*; Miguel de los Santos Alvarez.
 (3) *Catecismo*; P. Astete.
 (4) *Confesiones* de San Agustín.

SUMARIO.—*La mujer, estudios morales*, por la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco, segunda serie.—*Las siete virtudes capitales*, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.—*Las almas gemelas, novela original* por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.—*Coleccion de poesías por varios autores*.—*Presentimientos*, por D. Serafin Cánovas del Castillo.—*De la muerte á la vida*, por D. P. M. de Moroy.—*Las siemprevivas, balada*, por Doña Victorina Bridoux de Domínguez.—*Revista de Madrid*.—*Cumplimientos*, por D. José Marcos.—*El alcalde Ronquillo*, por Amocil.—*Miscelánea de economía, higiene y medicina domésticas*.—*Teatro Principal*, por D. Francisco Flores Arenas.—*Perfumería italiana*, por D. Francisco Flores Arenas.—*Modas de París*, por Mme. Juliette Lormeau.—*Esplicacion del figurin de modas*.—*Id. de la hoja doble de patrones y bordados*.—*Anuncio*.—*Geroglífico*.

LAMINAS.—*Figurin para vestidos de señoras*.—*Hoja doble de patrones y bordados*.—*Id. de tapicería en colores*.—*Id. de Música*.

Solucion del geroglífico anterior.

No se tomó Zamora en una hora.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

